

# Concurso Literario Autobiográfico

# Confieso que he vivido

Cuarta Edición



Servicio  
Nacional del  
Adulto Mayor  
Ministerio de  
Desarrollo Social

CHILE LO  
HACEMOS  
TODOS

Gobierno de Chile

**Concurso Literario Autobiográfico**  
**Confieso que he vivido**

---

**Cuarta Edición**

El servicio Nacional del Adulto Mayor, presenta:

Concurso Literario Autobiográfico  
Confieso que he vivido, cuarta edición.

Publicado con financiamiento del programa  
Envejecimiento Activo de SENAMA 2018.

ISBN Nº 978-956-8846-18-3  
Octubre 2018

Edición:  
Unidad de Comunicaciones SENAMA

Ilustraciones:  
Sandra Conejeros.

Diseño e impresión:  
Feyser Ltda.

## PRESENTACIÓN

<b>Alfredo Moreno Charme</b> Ministro de Desarrollo Social	<b>4</b>
<b>Octavio Vergara Andueza</b> Director Servicio Nacional del Adulto Mayor	<b>7</b>

## PRIMEROS LUGARES

<b>Clemente Carvajal</b> - Copiapó	<b>9</b>
<b>Décimas por evocación</b> - Iquique	<b>15</b>
<b>Gracias Perla del Norte</b> - Antofagasta	<b>25</b>
<b>La noche que el pájaro no trinó</b> - La Serena	<b>29</b>
<b>Juguete de Navidad</b> - Villa Alemana	<b>37</b>
<b>Por una pelota... de Cochayuyo</b> - Rancagua	<b>43</b>
<b>Mi vida, mi historia</b> - Talca	<b>47</b>
<b>Duelo eterno</b> - San Pedro de la Paz	<b>57</b>
<b>El destino de una mujer libre</b> - Traiguén	<b>63</b>
<b>Retazos de mi vida</b> - Puerto Montt	<b>71</b>
<b>Urquiza</b> - Punta Arenas	<b>75</b>
<b>Carta para mi abuelita Enriqueta</b> - Coyhaique	<b>81</b>
<b>Nostalgias Fluviales</b> - Valdivia	<b>87</b>
<b>Odiseas en un Terremoto</b> - Arica	<b>93</b>
<b>Décimas para mi vieja casa</b> - Providencia, Santiago.	<b>99</b>
<b>Laura, mi muñeca</b> - Venezuela (reside actualmente en España)	<b>105</b>

# PRESENTACIÓN

Esta obra es más que un libro, es parte de la memoria de una generación de personas que fueron protagonistas de sus vidas, y también de las de otros. Personas que muchas veces se vieron enfrentados a circunstancias adversas o favorables, tristes o alegres, y que vivieron anécdotas que de alguna manera marcaron sus vidas.

El título, que alude a la creación del poeta Pablo Neruda: "Concurso Literario Autobiográfico para Personas Mayores Confieso que he Vivido", refleja el contenido de esta publicación tan valiosa para nosotros y que creemos también debiese ser igual de significativa para la sociedad, la que en su conjunto aún no ha logrado comprender que la vejez es una etapa que nos puede llenar de grandes satisfacciones, tal como lo ha experimentado este grupo de personas mayores de todo Chile, y también del extranjero, que participó en el concurso.

El ganador nacional, don Valentín Fuentes, de Copiapó, nos deleitó con un relato que recuerda la niñez, los primeros años de escuela. Un episodio de un día de clases que involucra a un compañero, a quien nunca olvidó, pero que cuando lo encuentra se da cuenta que para él ese día no había tenido mayor importancia. Es increíble lo que para uno es importante, para el otro no pasa de ser un mero hecho cotidiano... así es la vida. Lo entretenido es que este relato le significó a don Valentín estar repitiendo la historia muchas veces, primero a sus hijos, y luego a sus nietos, convirtiéndose en un clásico familiar "Clemente Carvajal".

La ganadora internacional, Edelmira Blanco, de Venezuela, nos emociona con una evocación de su pueblo natal, una tradición de un pueblo que permite que un padre le pueda demostrar todo el amor que sentía hacia su hija, un tesoro que la acompaña hasta el día de hoy.

Este concurso y la publicación del libro representan una gran oportunidad para aquello que nos hemos propuesto como Gobierno, que es visibilizar a las personas mayores, a través de acciones que destaquen el envejecimiento positivo y participativo, el mismo que queremos apoyar con iniciativas concretas que forman parte de una política integral y del nuevo programa Adulto Mejor.

Queremos adultos mejores que sean parte fundamental de nuestro país, y en ese sentido, generar los espacios, las acciones y las oportunidades para que su calidad de vida mejore cada día más.

**Alfredo Moreno Charme**  
Ministro de Desarrollo Social



en reconocimiento a don  
*Rector Jova M.*  
por su destacada labor  
en la comunidad  
Universidad de Cuenca

en reconocimiento a doña  
*Grete Silva O.*  
por su destacada labor  
en la comunidad  
Universidad de Cuenca

# PRESENTACIÓN

La experiencia de las personas mayores y sus historias de vida constituyen un valor fundamental para poder entender la etapa de la vejez como una oportunidad para vivir la vida desde una perspectiva positiva y con participación activa en la sociedad.

En este sentido, cobra mayor relevancia el Concurso Literario Autobiográfico Confieso que he Vivido, donde damos el espacio a los mayores de todo el país para que participen con sus textos basados en vivencias familiares, de amor, laborales o de sus entornos. Todo aquello que siempre quisieron contar y no pudieron, o aquello que siempre relatan y que ya es un clásico para sus familias y amigos.

Esta instancia de participación es parte del envejecimiento positivo, de ser un adulto mejor que tiene la oportunidad de mejorar su calidad de vida y que es valorado como un aporte en la sociedad.

Queremos que las personas mayores estén visibles, que las otras generaciones conversen con ellos, que aprendan de ellos y que compartan.

Con esta publicación estamos presentando a las obras de los ganadores y dos menciones honoríficas de cada región. Asimismo, este año quisimos comenzar el libro con el texto elegido como el primer lugar del país, "Clemente Carvajal", de Valentín Fuentes Rodríguez de Copiapó.

En la presente versión del concurso se recibieron 819 trabajos a nivel nacional, y 18 relatos internacionales. Asimismo, el autor más longevo tiene 101 años y varios de los menores son de 60, con lo que damos cuenta del amplio interés que despierta entre los mayores este concurso.

Agradecemos a todos por su participación y felicitamos a los ganadores y menciones honoríficas por sus trabajos y por confiar sus emociones y sentimientos con todos quienes leerán estas páginas.

**Octavio Vergara Andueza**

Director Servicio Nacional del Adulto Mayor



**Ganador Nacional**

# **Clemente Carvajal**

**Autor**

Valentín Fuentes Rodríguez (77)  
Copiapó, Región de Atacama

Ocho más siete,  
más seis,  
más nueve,  
menos cinco,  
más cuatro,  
más tres,  
menos siete, ... y la voz de la señorita Matilde Galleguillos, seguía diciendo números con signos más y con signos menos. Abre paréntesis.

Estábamos en clases de aritmética en la escuela San Francisco, N°8 de Iquique, cursando el segundo año de preparatorias, como se llamaba antes a los seis años que correspondían a la enseñanza primaria y que eran previos a los seis años de humanidades.

Como su nombre lo indica, la escuela era de una pobreza franciscana y la mayor parte de los estudiantes también éramos “franciscanos”. En el curso, con excepción de unos niños de apellido Gaona, que gozaban de la simpatía de la señorita Matilde, no sé si por tener algún parentesco con los padres de ellos, o porque eran de un hogar de más recursos económicos, el resto no teníamos zapatos buenos ni ropa buena. Sin embargo, según recuerdo en los recreos compartíamos todos sin distinción de razas, de credos ni ideologías.

Las profesoras no eran tituladas. Sin embargo, se las arreglaban muy bien para “desasnarnos” y mantenernos a raya a los 55 o 60 niños que apenas cabíamos de a tres en los pupitres. El director era el padre belga Marceliano Galle Vampuc, y las profesoras que me recuerdo eran la señorita María Arancibia en primero (con ella aprendí a leer y escribir: o - j - o, ojo), la señorita Matilde Galleguillos en segundo, las señoritas Amalia y Juana Reynoso en tercero y cuarto y en quinto, la simpática y rectilínea señorita Teresa Campos.

El sexto año teníamos que cursarlo en una escuela pública y previo examen de admisión se nos aceptaba o no en sexto. Yo aterricé en la Santa María N°1.

La señorita Matilde tenía fama de recia, "mala" para nosotros. Era muy exigente y ejercía la disciplina durante las horas de clases con una regla de madera de unos cuarenta centímetros, la cual mágicamente y sin que nos diéramos cuenta caía sobre nuestras cabezas, brazos o nudillos de las manos, cuando nos sorprendía no cumpliendo con nuestros deberes. Tenía también otro artefacto "disciplinatorio" que era un muy eficaz ayudante. Este corrector era un hueso pintado de negro, con una forma similar a los que se ve en la bandera de los piratas. Ella lo mantenía en su escritorio inmediatamente cercano a su mano derecha, la cual tenía una puntería propia de un pitcher de beisbol de las grandes ligas. Todo el que alguna vez promovió un desorden en esa sala, tiene seguramente hasta el día de hoy, si es que está vivo, el recuerdo de haber recibido en alguna parte de su cuerpo la llegada repentina del maldito hueso. Por lo que nosotros procurábamos dominar nuestros instintos de niños inquietos. Pero a los 7 años de edad, esos propósitos duran poco tiempo, así que había varios que en muchas oportunidades recibieron la ingrata visita del citado hueso corrector.

Nos hacía ejercicios orales de aritmética. Ella iba dictando números ya sea positivo o negativo y de repente se detenía y comenzaba a preguntar el resultado, uno por uno fila por fila:

Cierra paréntesis.

Más dos,

Menos uno.

Más siete,

Menos cinco-

(pausa y silencio)

A ver, Garrido cual es el resultado

Garrido, 14 señorita.

¿Castillo?, 14 señorita.

¿Corrales?, 14 señorita.

¿Ossa?, 14 señorita. Y siguieron todos, Paniagua, Correa, Choy, Aróstica, todos respondiendo: 14 señorita. En seguida me nombró a mí. Según mi cálculo yo había llegado a un resultado de 15, pero como todos decían 14, también dije 14 señorita.

Siguió con los Gaona, Osorio, Blanco, Villarroel, todos 14 señorita. Luego le tocó a Clemente Carvajal, quien dijo 15 señorita. Siguió con el resto de Pérez, Bernedo, Aguilera, etc. Todos 14 señorita.

Terminado el último 14 señorita; la señorita Matilde clavó sus ojos en el que había dicho 15, y con su voz estridente y su seriedad característica, que a todos nos causaba temor, dijo:

Clemente Carvajal, póngase de pie.

Todos quedamos expectantes de cómo esta “vieja tan mala” iba a castigar al pobre Clemente; mientras para mis adentros yo pensaba de la que me estoy salvando.

Momento de silencio. Pero de esos silencios absolutos.

Clemente, de pie, me pareció como que había palidecido y nos miraba inquieto. Nosotros callados.

La señorita Matilde se dirigió a su escritorio, tomó el libro de clases, escribió algo y finalmente dijo:

Clemente Carvajal, muy bien, el resultado es 15 y tiene un siete, todo el resto un uno.

De todos mis compañeros de ese tiempo me acuerdo poco de sus rasgos, incluso de Correa y Choy que eran mis amigos del barrio y que jugábamos beisbol por el club Crisol, pero de Clemente Carvajal, no me olvido y nunca me olvidaré de su rostro moreno, de mejillas gordas y sonrisa fácil, su pelo negro liso y sus ojos oscuros, vivos y confiados como de perro nuevo. Pues en esa oportunidad dio una lección de seguridad, de coraje y valentía, que me causó gran desazón, pues a mi mente infantil no le pasó desapercibido el hecho de la poca seguridad en mis medios. Yo también había llegado a un resultado de 15, pero me dejé influir por la mayoría y me quedé callado, como siempre.

No recuerdo qué pasó después si en el recreo comentamos algo o no. Yo creo que sí, pero han sido infructuosos mis intentos de exprimirme los sesos. Quizás debo haber quedado muy deprimido y mi cerebro se niega a revivir ese momento. No lo sé.

Tampoco sé qué fue de la vida de Clemente Carvajal, pero creo que cualquiera que haya sido el curso de su vida, debe haberla vivido como lo hizo aquella vez: con inteligencia, con seguridad en sus medios y, creo que con buen humor.

Esto lo he contado cientos de veces, a mi hermano, a mis hijas, a mi mujer, a mis amigos y a otros no tan amigos. Y cada vez que lo cuento, la anécdota me da un mensaje diferente. Sin embargo, lo que no cambia es mi sólida admiración hacia el lejano compañero de clases Clemente Carvajal.

Esto sucedió en una mañana de un día de mayo o junio de 1948, y decidí escribirlo para que no quede en el olvido. Para que si Clemente vive todavía, o alguno de sus familiares llegue a leer estas líneas, sepa que a lo largo de mi vida Clemente siempre ha estado presente como un joven ejemplar. Nunca se lo dije. Ahora se lo digo.

Esto lo escribí varios años atrás. Sin embargo, en esta ocasión he comprobado lo que se dice que muchas veces la realidad supera a la ficción.

El año 2014, el domingo 14 de diciembre falleció en Iquique un cuñado muy querido. Él fue un obrero salitrero que empezó trabajando en los “cachuchos”, como llamaban a unas bateas que contenían un lodo rojizo sumamente caliente que era como se disolvía y purificaba el salitre a partir del caliche según el sistema Shanks. Después que en su juventud fue un “toro de las pampas”, terminó derribado y consumido por la diabetes.

Preparé un bolso y viajé desde Copiapó para asistir al funeral que fue el 17 de diciembre. Lo velaron en la capilla de la iglesia San Francisco en calle Latorre y el responso con misa incluida también fue en la misma iglesia, la que en mi niñez estaba adyacente a la Escuela donde recibí mi primera educación escolar y en la cual además hice mi Primera Comuni3n. Después de la misa, mis sobrinos y algunas amistades de mi fallecido cuñado, decidieron que el cortejo recorriese algunas calles en las cuales fue muy conocido por su actividad comercial. Para este efecto, además de los automóviles particulares habían contratado un microbús al cual me subí junto con mi hermano.

Recuerdo que pasamos tocando la bocina por el Mercado, por Amunátegui, Serrano, Barros Arana, Sargento Aldea, Juan Martínez, Thompson, Vivar y doblamos hacia el naciente por Tarapacá hasta 21 de mayo donde doblamos hacia el sur. Cuando pasábamos Sargento Aldea, de dos personas que iban en un asiento al lado de nosotros, uno de ellos dijo que en esa cuadra antes existía la Escuela San Francisco y que él había estado en ella. Como yo también fui alumno de la escuela querida le interrumpí y además de decirle que había

estado en esa escuela le pregunté por el año en que estuvo como alumno, él me dijo:

Hace mucho tiempo, antes de 1950. En ese momento me picó la curiosidad y le dije: Por favor puede decirme su nombre, capaz que nos hayamos conocido porque yo estuve en ese mismo período. A lo cual él me respondió: Clemente Carvajal, para servirle.

Creo no tener la capacidad de describir los encontrados sentimientos que me invadieron en ese momento. Después de repuesto de la sorpresa, miré a mi hermano que también estaba sorprendido y sonriendo dirigí mi mirada nuevamente hacia esa persona que hasta ese momento ignoraba el motivo de mi actitud tan festiva, lo miré a esos ojos que me han acompañado toda la vida y tuteándole le dije: Claro que te conocí Clemente, fuimos compañeros de curso en segundo año y nos hacía clases la señorita Matilde Galleguillos.

Me identifiqué y describí la sala y a alguno de los otros compañeros del curso con el propósito que él me reconociera. No lo logré, Clemente no se acordaba de mí. Pero si se acordaba de la señorita Matilde y de algunos compañeros. De inmediato le dije que durante toda mi vida me había acordado de él, y a continuación le relaté los cientos de veces que he repetido su nombre cuando he contado el episodio de las sumas y las restas que he descrito más arriba. , Lamentablemente, tampoco se acordaba de ello, lo que me causó un poco de desilusión puesto que una distinción como la que él tuvo en esa oportunidad a mí no se me borraría tan fácilmente. De todas maneras quedé de enviarle con mi hermano una copia de lo que había escrito en su honor. Tarea que cumplí inmediatamente que volví a mi casa.

No recuerdo exactamente qué cosas y cuanto rato conversamos con Clemente, pero cada vez que evoco ese momento de encuentro con alguien tan singular y ejemplar de mi infancia, después de tantos años (66) y sin que me haya propuesto ir en su búsqueda, se produce en mí una sensación de bienestar, mis ojos se entrecierran y en mi rostro se dibuja una sonrisa suave y, a veces, se asoma una sensiblera lágrima de setenta y siete años, la que también es un tributo de agradecimiento a mi querido cuñado que, incluso después de muerto, con su habitual bondad y buen humor generó este feliz encuentro. ¿A quién más le puedo echar la culpa?





**Primer Lugar**  
Región de Tarapacá

# Décimas por evocación

**Autora**

Blanca Quinteros Bugueño (79)  
Iquique

*“Para la Oficina Iris, mi tierra natal.  
Para los ireños de ayer y hoy”*

No es mi intención retratarme  
como la Violeta Parra,  
que acompañada en guitarra  
sus décimas recitaba.  
Con este bonito estilo  
que la Viola cultivaba,  
contando los pormenores  
de su vida atribulada,  
quiero recordar un poco  
mi niñez allá en la pampa.

II

Corría el cuarenta y tantos,  
yo con poquitos abriles,  
mi tierra natal es Iris  
y allí me ubico cantando.  
Las casas de calamina  
formando calles bullentes:  
Pérez Galdós, Francia, Chile,  
España van por mi mente  
como bateas calientes  
cobijo de los pampinos.

III

Mi madre me trajo al mundo  
un domingo engalanado,  
cuando el sol del mediodía  
quemaba como tirano.  
Me puso Blanca enseguida  
pedido por mi abuelita,  
segundo nombre Angelina  
gusto de mi mamacita,  
y me dio como padrinos  
al Miguel y a la Claudina.

IV

Mis ojos desde pequeña  
percibieron muchas cosas:  
el acarreo del agua,  
la ropa tendida afuera,  
esa cocina de barro  
adoración de mi abuela.  
El bistequito a la plancha,  
el cocho, la cebolla frita,  
la lonchera de mi abuelo  
que se llevaba a la mina.

V

Recuerdo los calamorros  
y la lámpara a carburo  
que noche a noche en la casa  
prendía mi abuelo Julio.  
El chonchón, la borra, el pato  
y la vela mortecina,  
un bolero que Guarache  
entonaba allá en la esquina,  
cuando la tarde caía  
y asomaba la ventisca

VI

En la esquina, el sindicato,  
lugar de las reuniones,  
aficionados actores  
usaban el escenario.  
Mi mamá "la Candelaria,"  
"patrón seductor" mi padre,  
y así las obras chilenas  
tenían bastante arrastre,  
paseándose por Victoria,  
Alianza y por otras partes.

VII

Me acuerdo de la escuelita,  
de la modesta parroquia,  
del quiosco de la plazuela  
y del bonito mercado.  
La fonda con sus olores,  
la calle de los solteros,  
la cantina e' mi abuelita  
famosa por sus meriendas,  
ella con mucha paciencia  
daba gusto al pensionado.

VIII

Recuerdo a mi hermano Haroldo  
con su pantalón corto,  
con el "manurio" y la rueda  
recorriendo la oficina.  
Muchos apodos y nombres  
se mantienen en mi mente,  
es tanta y tanta la gente  
que recuerdo con cariño,  
que a nuestra alma de niños  
la marcó profundamente.

IX

Un nombre muy importante  
se conserva en mi memoria:  
el doctor José Gutiérrez  
que en la "Iris" hizo historia.  
Un médico consecuente  
con profunda vocación,  
respetado por la gente  
desde el obrero al patrón,  
por ser hombre inteligente  
y de un noble corazón.

X

Y la figura arrogante  
de mi abuelita Agustina,  
envuelta en su chal de lana  
entrando a la pulpería.  
Llegaba con su canasto  
cargando mercadería,  
a prender carbón de piedra  
en la cocina bendita,  
donde preparaba a diario  
comida a los pensionistas.

XI

El "Ñoclo" y el "Pulli Pulli,"  
Flaco Avendaño, el "Niñito,"  
las familias Carvajal,  
Rodríguez y Campillay.  
Doña "Jechu" y su comercio:  
aliños para el picante,  
el refresco reanimante  
de los mote con huesillos,  
que los tostados chiquillos  
se bebían por un peso.

XII

Las niñas Gómez vendiendo  
corbatitas en almíbar;  
Doña Manuela friendo  
"la color" en la sartén,  
al tiempo que don Miguel  
le azucaraba su mate.  
"Chato Padilla" al aguaito  
para "robarse" a ese niño,  
hermano mío el chiquillo,  
regalón en todas partes.

XIII

Me acuerdo que los domingos  
mi mamá me acicalaba,  
y partía con dos pesos  
que mi padrino me daba,  
a saborear los helados  
que hacía doña Esperanza.  
Toda la gente ese día  
lucía muy arreglada,  
revivían los colores  
y la oficina cambiaba.

XIV

Recorro por todos lados,  
ésta, mi tierra natal,  
y me detengo a pensar  
en esos días lejanos:  
Doña Zulema aventando  
la plancha a carbón de espino,  
mi abuelita preparando  
las botellas con el té,  
con un grandote bistec  
que ponía en pan batido.

XV

Está mi tía Isabel  
con sus largas trenzas negras,  
con sus quince primaveras  
camino a la pulpería.  
Y mi señorita Aurelia  
tomándome la lección  
en el silabario "El Ojo"  
que mi madre me enseñó,  
con esa inmensa ternura  
que de niña me brindó.

XVI

Los 18 comenzaban  
con el himno de Yungay,  
que una banda ejecutaba  
en alegre despertar.  
Mi abuelita y mi papá  
se ganaban buenos premios  
cuando la cueca bailaban  
en concursos dieciocheros,  
enarbolando pañuelos  
como palomas al viento.

XVII

A mi papito lo veo  
vestido de futbolista,  
en la cancha polvorienta  
que tenía la oficina.  
Después hurgando papeles  
como obrero dirigente,  
luego lo veo sonriente  
sentarme sobre su cota,  
que allá arriba en la batea  
sobre el salitre acomoda.

XVIII

Hay un hecho inolvidable  
que recuerda mi memoria,  
cuando a Lalita velaron  
despidiéndola a la gloria.  
Pequeñita engañadora  
falleció muy de repente,  
con una estrella en la frente  
vestida como angelito,  
desde la mesa con cirios  
voló al cielo eternamente.

XIX

Con emoción infinita  
me detengo a analizar,  
¡qué grande es el ser humano  
que es capaz de recordar!  
Los paseos a la Granja  
con mi tía en los domingos,  
las veladas de la escuela,  
la cola en la pulpería,  
son las remembranzas mías,  
que conservo aquí, muy dentro.

XX

A mi memoria concurren  
escenas, hechos, personas  
que se grabaron con fuego,  
con frío y con sentimiento.  
Pero no guardo contento:  
vi a mi tierra moribunda,  
un cementerio de escombros  
por todos lados la abrume,  
sin que nadie de sus hijos  
pueda correr en su ayuda.

XXI

Podría decir mil cosas  
si siguiera recorriendo  
lentamente, paso a paso  
los anales del cerebro.  
Pero guardo el compromiso  
de no escribir in extenso,  
para que puedan mostrarse  
éstos, mis sencillos versos  
y sobre todo allegarme  
al alma de los ireños.

XXII

Agradeciendo a la Viola  
pues me ha prestado su ejemplo,  
dejo hasta aquí mis recuerdos  
que en desorden les entrego.  
Para mi oficina "Iris",  
lugar que siento tan lejos,  
son grandes mis sentimientos,  
pero he quebrado el silencio,  
esperando que algún día  
nos encontremos de nuevo.





# Gracias Perla del Norte

**Autora:**

Nora Ruth Hernández Julio (79)  
Antofagasta

Te conocí Antofagasta, cuando era muy niña. Mi abuela, (quien me crió y cuidó siempre) me llevaba en tren desde Mejillones (donde vivía entonces), a Antofagasta. Lo hacía para comprar telas. Mi abuela Mercedes, era costurera y sastre.

Ella recorría todo el centro de Antofagasta y visitaba las mejores tiendas; “La Porteña”, “Almacenes Giménez”, “La Paloma”, “Sastrería Gálvez” y “Cooperativa del Ferrocarril”, éste era como el Mall en la actualidad. Allí había de todo, incluso a los que eran socios, les entregaban la mercadería a domicilio. ¡Que hermoso era llegar a tu Estación del Ferrocarril! (Actualmente abandonado). Allí había carros antiguos y carriolas tiradas por caballos, que nos llevaban por la ciudad. Para mí era como vivir un cuento de “hadas”.

Con nuestras mejores vestimentas, recorríamos los lugares: Alojamiento en la Residencial “Rio Janita”, desayuno en la “Serenense” o la “Giralda”, con pasteles, y los más ricos helados. El almuerzo en el Mercado, Segundo piso.

Todo era un sueño...traslado en tren y llegada a la vieja Estación... ¡Cómo añoro el chirrido del tren, su bocina, sus frenazos y eterno repiquetear.

Las personas que vivían cerca de la línea del tren, salían a saludar, era un ritual muy lindo, yo sacaba mi cabeza y mano para saludar.

¡Qué hermosa me parecías Antofagasta!, con tus sonidos propios del ajetreo de una gran ciudad.

Crecí y comencé a estudiar en la querida y emblemática Escuela Normal Mixta de Antofagasta. El entorno me fue regalando vivencias inolvidables...

Así fui conociendo lugares que encierran en sus cimientos historias maravillosas. También siendo estudiante en la Normal, crecí recorriendo tus cerros y tus playas: "El Balneario Municipal" (Actual Playa Paraiso), "La Poza Grande", "La Poza Chica", "Las Almejas", "Las Torpederas", "Trocadero", "Chimba", "Las Lozas", "Rinconada", "Juan López", "Constitución", "La Portada", "Punta Itata", "Hornitos", "Isla Santa María."

Por el lado sur de Antofagasta; "Poza de los Gringos", "Huáscar", "Playa Amarilla" y "Escondida".

Siempre amé y disfruté de tus playas, y sé que muchos personajes amen de disfrutarte se inspiraron escribiendo versos para ti Antofagasta... Andrés Sabella escribió: "Oh majestuosa llaga del azar, donde la luz dialoga con el viento...". Éste poema lo canté y Eliseo Garate (Q.E.P.D) declamó los versos ¡Qué Recuerdos! me tomaron una foto cuyo fondo era el mar y la Portada. Existe un CD, que contiene este poema, cantado y recitado.

Mientras completaba mis estudios, disfruté del ambiente antofagastino; no había Domingo sin sol, ni Sábado sin Plaza Colón. Era costumbre ir a pasearse; el paseo consistía en caminar entre dos o tres mujeres en una dirección y los hombres en sentido contrario. Caminábamos girando alrededor de la Plaza, de modo que a cada paso, nos encontrábamos de frente, con los muchachos que venían en sentido contrario...así podíamos "echarle el ojo" a los que nos gustaban para "pinchar".

Se consolidaban las citas por medio de mensajes en "papelitos"... así, nos poníamos de acuerdo para los "Malones".

El tiempo transcurrió rápido; egresé como Docente en el año 1960. A partir de ese año dejé de ser la deportista, excursionista, basquetbolista y cantante, para convertirme en esposa, madre...abuela y hoy bisabuela.

Pero...nunca dejaré de reconocer como fuiste transformándote en la hermosa ciudad que eres hoy. Aún desfilan en mi mente por tus calles multicolores tantos personajes típicos, que con sus gritos característicos nos ofrecían sus productos.

¡Ahí Van!! Los días Domingos pasaba una señora ofreciendo ¡Pancito Amasado!, ¡Calentito el masaooo!!...Otra dama, tenía un grito muy especial: ¡Mercuriooo

y Diarioooo!! Un señor gritaba ¡Afilo Cuchillos y Tijeras!!...otro "Pescaito fresco, Lapitas y Locoos!!.

Por otro lado el vendedor de Sapolio: ¡Sapolioo Caseraa!! ¡Cómo quedaban las ollas!, brillantes y era económico, también destronado por la tecnología y sus productos modernos.

Cuando tenía 25 años, me casé con un hombre maravilloso, simpático, bailarín, hermoso, paciente y tolerante...lástima que se fue muy joven (63 años) y me dejó con seis hijos, estudiando y con toda la problemática existente en ámbito social, religioso y político.

Viví y sufrí durante 16 años una dictadura que me obligó a trabajar mucho para educar a mis hijos. Ellos fueron emigrando del hogar, unos a otros lugares y las mujeres se unieron a parejas del mismo ambiente en donde vivíamos, la antigua y querida población "Villa México".

Antofagasta; fuí creciendo contigo, de niña a adolescente, adulta y actualmente adulto mayor... Pero gracias a nuestra unión familiar y tus maravillosos parajes antofagastinos, somos una familia feliz, que disfruta de todo lo que nos entregas, amparados por la riqueza de tu desierto (el más árido del mundo) que con el cambio climático nos regala un desierto florido multicolor, y de pronto con nieve, que hace soñar a nuestros niños (nietos y bisnietos).

¡Qué hermosa eres Antofagasta!! Y te doy las gracias por permitirme disfrutar de tus Parajes, Playas y Paseos...

¡Cómo haz crecido! Amo tus cerros multicolores, tus puestas de sol, tus quebradas y tus monumentos naturales: "Cerro Moreno", "La Portada", "Cerro Coloso", "Piedra del Lobo" y tu mar, siempre entregando sus riquezas y sus olas danzarinas, hermosas y terapéuticas...! GRACIAS PERLA DEL NORTE!!





**Primer Lugar**  
Región de Coquimbo

# La noche que el pájaro no trinó

**Autor**

Freddy Bonilla Torreblanca (70)  
La Serena

Aterrizando estaba la noche  
de ese lunes 10 de septiembre  
en que nos despedíamos, los tres, hasta la mañana siguiente,  
sin saber que se aproximaba  
una asonada cargada de muerte.

Edison, Jorge y yo tras nuestros sueños hacia el reposo nocturno y sinuoso  
por los aconteceres nubosos  
conque el país se estaba acostando.

Antes estuvo ella ofreciendo la cena  
y nunca la vi como hembra,  
Pues igual que yo, también pensaba  
en el mañana incierto que nos aguardaba.

Compañera de un compañero,  
sanantonino y también porteño.  
Y aunque nunca le vi su rostro  
no podía darle la espalda  
así me estremeciera una falda.

Y ya me cogió el cansancio  
como el reposo coge al guerrero  
con mis ojos sólo soñando  
sin sospechar que se estaba fraguando  
un amanecer total traicionero.

Despertado por los estruendos  
vi unas muecas y alaridos de muerte  
que mostraba la vida a mis años mozos  
y que harían cambiar a muchos su suerte,  
dibujando rictus macabros en rostros  
que no expresarían ya mas pensamientos.

Septiembre once en sangre teñido  
por pistoleros de uniformes pintados  
con un muy pobre orgullo  
que el disparar a un desamparado.

Entre cuatro paredes acorralado  
oler podía el fatal ruido del plomo  
que seguía segando vidas  
y los estertores los cubrían de escombros.

Fallida suerte la mía  
Pero Dios no me había olvidado.  
A mi cuarto golpeaba ella pidiendo saber cómo yo estaba.  
El hombrón me la había enviado.

Me ofreció una sopa amargada  
mas con su calidez fue abrigada,  
y me alimentó entre el rugir de las balas.  
Mi lealtad fue puesta en encrucijada.  
por el calor de sus simples palabras  
y la fuerza enorme de su mirada.

Así, encerrado en el fatal día  
fueron pasando las crueles horas  
en que nada sabía de los míos  
y que mi destino en lenta agonía  
podría quedar entre algunos rifleros.  
Esa barba que me delataba  
lentamente se fue despidiendo  
y sin siquiera alguna alegría  
Me descubría con un rostro nuevo.

Atardecía en aquel triste Santiago  
y tras ventanales oteaba a la calle  
observando como en ella caían  
seres humanos, mordidas sus carnes  
por el rugir del fusil y la barbarie  
de aquellos hombrecillos color verde oliva,  
sin más valor que llevar al cinto  
un arma letal que Chile les regalaba  
para defenderlo, llegada batalla.

El invierno en su lenta partida  
se llevaba ilusiones paridas  
al amparo de una patria nueva  
que en la mente muchos llevaban  
para morir cubiertas por letanías.

El anochecer con sus sombras aciagas  
se fue adentrando en tan triste jornada  
y no se escuchaban cantos de aves  
ni la radio canciones brindaba.  
Había tanto hedor en ese aire  
que hasta mis lágrimas no respiraban.

Y así llegó la noche, triste y acongojada  
que miraba mi mirar extraviado  
ante el horror de la asonada  
con que Santiago se había cubierto  
y el Mapocho se vestía de rojo.

Los ululares no daban tregua.  
Ya la pena estaba en su apogeo  
ante el tétrico sonido del ratatata  
que entender me hacía que ya eran menos  
los que ofrendaban sus pechos plenos  
para morir, honrando la historia.

Entre todos esos tormentos  
llegó ella con su voz agraciada.  
para compartirme su humilde merienda  
que sus patronos le dispensaran.

Su carita trémula y ansiosa  
desafiaban a escribirle un poema,  
o a cubrirla de dulces besos  
para entregarle aquella calma  
de saber que nadie estaba solo  
y que esa noche íbamos a ser dos  
los que libraríamos otra batalla,  
no sangrienta, sino del alma.

Acabaría su jornada y tras ella,  
vendría por mí corriendo a ciegas  
sin saber si de la emoción era presa  
o si mi juventud su madurez motivara.

La noche seguía en tormentos  
y mi cuerpo que entra en tormenta  
por querer brindarle a ella las savias  
que se amotinaban en mis adentros.

Angustiados ambos por una breve espera  
ésta se hizo eterna para los dos amantes,  
que sólo tenían sus cuerpos que los cobijara,  
no habiendo testigo que el pecado objetara  
o que martillara después las conciencias

La media noche al fin llegaba  
y me traía dentro de sus pliegues  
la majestuosidad de una mujer plena  
dispuesta como ardiente primavera  
a emanciparse por una noche entera.  
La jornada aciaga sin embargo envolvía  
un final que poeta alguno imaginara,  
pero el azar marcó a dos vidas y destinos  
para que una batalla de ansias llegara.

El primer beso fue un detonante  
que remeció de entrada a mi conciencia,  
y talvez hasta sin darme cuenta  
el recuerdo de su hombre vino al ruedo.

Y aunque ella anhelaba sólo pecar  
y me ofrecía sus conos de dulces relieves,  
mi pensamiento bajó a San Antonio  
y me puso en el lugar del compañero,  
a quien no podía matar de ese modo.

Mientras la culpa timbraba mi mente  
y a pesar de sus regalos de hembra,  
mi estirpe de hombre no se emocionó  
y aquella noche el pájaro no trinoó.

Ella, angustiada, triste y calmada quedó  
Talvez con un sabor a mucho dolor.

Mas, yo no perdí ningún honor.  
Ella al nuevo día comprendió y perdonó  
así que tranquilo quedé con mi pensar  
por lo que no pudo ser, porque Dios lo negó.

Mujer de habla dulce en lontananza.  
Fue breve aquel bello encuentro  
en que 2 cuerpos harían sus danzas  
bajo el amparo de cruentos tiempos  
y que no pudieron iniciar la cadencia,  
porque la lealtad en alguien primara.

Pero lo que me ofreciste de urgencia  
sabe a cielo apiñado en un cuarto  
en que se crucificó al instinto  
en ese anochecer sin licencias.

Tu memoria me obliga a escribirte  
estos versos arrancados al silencio  
para que sepas que, pese a todo,  
te hacen hermosa el tiempo y la distancia ...







**Primer Lugar**  
Región de Valparaíso

# Juguete de Navidad

## **Autor**

José Aníbal Urrutia (70)  
Villa Alemana

Elegí dibujo y mueblería como ramos diferenciales buscando la forma de hacerle el quite, aunque fuera por un rato, a las aburridas clases de matemáticas, castellano y ciencias donde no me sacaba buenas notas porque simplemente no me gustaban. Consideraba que eran tediosas y lateras. Aparte de eso, los profes que impartían dichos ramos no eran santos de mi devoción. Como no me esforzaba, mis promedios tampoco eran buenos. Sabía restar, multiplicar y dividir, pero conjugar un verbo era un verdadero suplicio chino; en historia y ciencias naturales la cosa andaba mejor y mis notas eran aceptables. Trataba de aprender lo justo y preciso para no repetir de curso, cuestión que siempre lograba. Entre mis compañeros era conocido como bueno para el dibujo y también como el rey del 4, pero eso me tenía sin mayor cuidado. La cuestión era simplemente pasar de curso.

Tenía 11 años y era muy inquieto y bueno para andar agarrándome a combos con cabros de mi curso y también de otros. No había semana en que esto no ocurriera. No se trataba de que fuera un niño agresivo, lo que pasaba era que para salir adelante en la Escuela República del Perú n° 130, ubicada en el popular barrio de Santa Inés, Viña del Mar, y sobrevivir, había que defenderse con dientes y muelas de posibles provocaciones y, también, de futuras agresiones, quién no lo hiciera corría el riesgo de que el resto de los alumnos pasara a convertirlo en el blanco perfecto para sacarle lustre a sus zapatos. Y yo no estaba dispuesto a aceptarlo así como así. La gran mayoría de los inspectores de patio hacían vista gorda, casi siempre, salvo que la situación se tornara más grave.

El señor Maturana, profesor de mueblería, era un hombre muy bonachón y querendón con sus alumnos. De estatura mediana, medio regordete, cara redonda y tez morena. Usaba bigote bien cuidado, cano, pero con matices amarillentos debido a su adicción al cigarrillo.

- Niños, en este ramo de mueblería ustedes pueden elegir el diseño que más les guste, claro que, siempre y cuando, lo que piensen hacer esté relacionado con la madera - dijo el señor Maturana a sus alumnos.

Todos escuchamos con atención pero ninguno dijo nada, excepto yo, debido a que casi siempre fui un cabro bastante locuaz y extrovertido, lo que me permitía destacar por sobre el resto de mis compañeros.

- Y... ¿Cuántos diseños podemos hacer durante el año?- pregunté al Sr Maturana.

- Solamente uno, pero bien hecho, sin detalles. Además tendrá nota igual que otros ramos importantes -respondió el señor Maturana.

Una vez aclaradas las dudas, me di a la tarea de buscar algo novedoso, que saliera de lo común. Luego de dibujar varios bocetos, se me ocurrió diseñar un arma que había visto que usaban los marcianos buenos para combatir a sus enemigos malvados de otros planetas, información que obtuve después de ojear varias veces algunas revistas de ciencia ficción que acostumbraba leer. Si todo andaba bien, el diseño escogido me permitiría construir mi propio juguete de Navidad, lo que evitaría que mis padres tuvieran que gastar plata para comprar regalos de fin de año. Además, me imaginaba jugando con mis amigos del barrio, con un juguete fabricado con mis propias manos, cuestión que me llenaría de orgullo.

La clase de mueblería se impartía una vez a la semana y duraba dos horas. A medida que transcurría el tiempo el juguete escogido iba tomando forma y figura. Cada vez que salía de la escuela de regreso a casa, llevando el juguete a medio terminar, me llamaba profundamente la atención un niño de corta edad que jugaba despreocupadamente fuera de su vivienda ubicada a pocos metros de la Escuela N°130. El niño, cuyo nombre desconocía, era hijo de un compañero de trabajo de mi papá.

Poco antes de la llegada de fin de año, señal inequívoca de la proximidad de la Navidad, y cuando las clases de mueblería estaban por terminar, por las noches empecé a escuchar decir a mi papá que soplaban vientos de huelga en la empresa donde trabajaba, por lo que se venían tiempos difíciles. Además, decía que los dirigentes del gremio estaban convencidos de que sus peticiones serían aceptadas por la empresa, que no había nada de qué preocuparse, que había que estar optimista- decía a mi madre. Esta mala noticia comenzó a preocuparme más de la cuenta porque, a pesar de mi corta edad, ya comenzaba a tomar conciencia de lo que significaba una huelga. Todas las noches, poco antes de quedarme dormido, le pedía al buen Dios que a mi papá le fuera bien con la huelga y que la empresa aceptara el petitorio de los trabajadores.

El conflicto duró poco más de dos semanas y, como era de esperar, los trabajadores no obtuvieron nada; la empresa se demostró totalmente intransigente y no aceptó ninguna de las peticiones del sindicato. "A partir de ahora la cosa se pondría color de hormiga y, lo más probable, es que la empresa tomará medidas drásticas con los revoltosos principales, lo que significaría no solo quedar cesante, sino que también tener que abandonar la casa otorgada por la empresa a los trabajadores calificados en servicio activo" - dijo mi papá.

Mientras tanto, el juguete que yo había fabricado ya está prácticamente terminado. En unos días más se hará la entrega oficial en la escuela. Pienso disfrazarme de marciano para dar más realismo al uso que le daré a la joyita. Creo que casi todos mis compañeros y amigos sentirán admiración por lo que he realizado, aunque no faltarán los envidiosos de siempre. Espero con ansias que llegue el día tan esperado para dar curso a mi fantasía.

Esa noche en mi casa había ambiente de fiesta: mi padre está entre los privilegiados que mantendrán sus puestos de trabajo, ya no hay nada que temer; tendremos cena de Navidad y regalos. Sin embargo la felicidad no será para todos, uno de los vecinos, entre ellos el padre del niño que veía jugando cada vez que salía de la escuela, ha sido separado de la empresa por "revoltoso", por lo que deberá entregar la casa que habita junto a su familia a la brevedad posible. Faltan pocos días para Navidad. Antes de quedarme dormido doy gracias a Dios por permitir que mi papá sea uno de los privilegiados que continuarán trabajando en la empresa. Tengo la sensación que es el mejor regalo de navidad que pueda recibir. También me acuerdo del niño que he

visto jugando cada vez que salgo del colegio, cuyo padre se ha quedado sin trabajo, lo que me hace sentir una pena tremenda. ¿Qué será de él? ¿Irá a tener regalo de Navidad? ¿Su familia tendrá cena de Navidad?

Al día siguiente viene la premiación de los mejores trabajos realizados por los alumnos del ramo de mueblería. El juguete marciano que he fabricado ha sido elegido como el mejor. Mi felicidad es inmensa, infinita.

Salgo de la escuela esbozando una sonrisa de oreja a oreja rumbo a casa, cuando de nuevo diviso al niño sentado fuera de su casa jugando, como siempre, despreocupadamente. Sin pensarlo mucho, atravieso la calle, toco la puerta de la casa del niño cuyo nombre no conozco y le digo a su madre:

- Tome, señora, es para él, recíballo, por favor.

Después de eso, respiro profundo, miro hacia el cielo y me retiro corriendo del lugar, sintiéndome inmensamente feliz.







**Primer Lugar**  
Región de O'Higgins

# Por una pelota... de Cochayuyo

**Autor**

Nelson Hernán Arriagada Rojas (74)  
Rancagua

Creo que la oportunidad de compartir un episodio de mi vida, es propicia, a raíz de la realización del mundial de fútbol 2018 en Rusia. Obviamente con diferencias monumentales con el actual evento deportivo de dimensiones continentales.

Comentaré que, por allá, a mediados del año 1952, tuve mi propio "Mundial de Fútbol... callejero", cuando cumplía alegres e inocentes 12 años.

No había un estadio, este era la Calle Estado, entre Gamero y O'Carrol y el césped lo constituía una leve capa de cemento, con varias lagunillas donde afloraban, cada invierno filudas piedrecillas, que era la tortura cuando alguno de los jugadores caía sobre ellas, víctima de un foul o un tropezón accidental.

Hoy, ese "campo de juego", escenario de ilusiones y alegrías por el triunfo o la tristeza cuando esto no sucedía, hoy está cubierto de adoquines como muestra del progreso.

Ahí están sepultadas nuestras risas y las huellas de nuestros pasos y carreras, lo que el tiempo no ha logrado borrar.

Los implementos deportivos eran la ropa y zapatos de uso diario.

No era necesario uniformarnos, ¡Nos conocíamos todos!

En esas oportunidades, para dirigir los encuentros no se necesitaba un "juez" (árbitro), nos bastaba la sencilla práctica de eso que llaman "Honestidad", menos usar VAR, para qué, si los arcos no tenían redes. Respetábamos los límites imaginarios que de común acuerdo fijábamos. No se escuchaba pitazo para determinar que la pelota había traspasado los márgenes "consensuados",

o cuando se cometía una infracción. Tampoco se teatralizaban los golpes.

Pero lo más destacable era que el implemento principal, musa de inspiración y pasiones, base fundamental de este deporte era... La Pelota.

Hoy resulta imposible pensar que se puede jugar con una pelota sin aire. Así es... sin aire, y que diera botecitos (saltos); increíble.

Bien, ese balón se confeccionaba con cochayuyo forrado con trapos y envuelto en una media (prenda de vestir femenina), y se amarraba bien firme hasta dejarla redondita.

El hecho que narraré, sucedió un día del mes de mayo del año 1952, en que nos enfrentamos dos equipos de 5 jugadores por lado, del mismo barrio.

El inicio y término del partido no estaba fijado, sólo se jugaba hasta el cansancio o la llegada de los carabineros lo impidiera o que, "último gol gana".

En ese traquetear, recibí un "pase" de mi compañero de juego y corrí con la pelota en post del arco contrario y enfrentar al portero. Estando solos, cara a cara, despaché un furibundo tiro que no pudo controlar mi ocasional rival.

El grito del Gooooooooo!!!!, se ahogó en mi garganta porque al vencer la resistencia del Checho (así se llamaba el arquero), también venció la firmeza del vidrio de una vitrina del mesón del almacén que estaba a sus espaldas, como una frágil tela de araña.

Todos los cabros arrancaron veloces para sus casas, salvo el Checho y yo, que nos quedamos paralizados por el estruendo del vidrio roto.

La pelota como mudo testigo de cargo, quedo quieta dentro de la vitrina.

Sólo reaccionamos cuando salió corriendo el dueño del negocio, con los ojos desorbitados buscando al culpable, como si fuera un "alunizaje" del que era víctima.

¿Quién fue?, gritó furioso mirando de lado a lado.

El Checho me miró en silencio muy asustado... igual que yo.

¡Yo fui!.. Dije temeroso, pero no fue mi intención... prentiendo minimizar la acción.

Me tomó del brazo y me llevó dentro del negocio.

Donde vivís, me preguntó furioso.

En la otra cuadra... frente al convento San Francisco, respondí.

Acto seguido llamé por teléfono a Carabineros.

No sé qué les diría, porque llegaron pronto.

Me imagino que considerarían que no fue un delito tan grave; porque me llevaron a la dirección que les indiqué (a constatar domicilio).

El almacenero me acusó a mi madre, con quien vivía.

Aquí se generó la figura judicial; fiscal (el carabinero), víctima (el almacenero), e imputado (yo).

No hubo defensa.

Ante los antecedentes presentados y mi declaración de culpable, en juicio breve se sentencia a que mi madre debía pagar los daños en un plazo de 15 días, y que para evitar se repitiera la situación me requisaron la pelota y la prohibición de jugar en la calle... Estado ¡Sin apelación alguna!

En estas circunstancias optamos por cambiar la sede de los futuros encuentros para la Calle Campos (entre Ibieta y Millán).

Otra pelota... otros rivales, el juego el mismo.

¡Qué mundial el nuestro... Aquel de 1952!

Hoy han cambiado las cosas ya no jugamos al fútbol, lo vemos por TV.

Las casas no son las mismas.

El almacén no existe.

El almacenero... falleció.

Lo actores estamos, pero no somos los mismos que ayer compartimos juegos, sueños y esperanzas.

Hoy nos saludamos de lejos.

El tiempo se nos va.

La pelota... nunca apareció.





# Mi vida, mi historia

**Autora**

Sonia Olfos El Moro (60)  
Talca

—Te comes los porotos, ¡ya, ahora!

—No quiero, no me gustan los porotos. ¡Y no los voy a comer!

Me toma fuerte del brazo, casi arrastrando me lleva al patio y abre la puerta del gallinero. «¡Oh, no...! ¡Las gallinas no!». Me dan miedo, pican, me dan miedo los picotones; me da asco el olor a excremento, gritan (no me gustan los gritos). Recuerdo que me deja sentada en un cajón claverero (mi padre tenía ferretería y en el patio habían varios de esos cajones), y con el plato de porotos encima de otro cajón, parado en vertical, como mesa. Mi madre cierra la puerta del gallinero con la aldaba y se va. «¡Tengo que salir de acá!». Las gallinas se alborotan, me miran. Veo, a través de la puerta del gallinero, un clavo oxidado. Lo recojo.

«¿Servirá el tamaño como para meterlo en la rendija? ¡Sí, alcanza! Entonces, puedo soltar la aldaba y... ¡lo logré! SOY LIBRE».

Me voy corriendo por el patio, entre durazneros y limoneros, hacia la puerta de la cocina para entrar a casa, pero mi madre la ha dejado con llave.

De nuevo me siento encerrada, bloqueada, nadie sabe lo que me hizo, nadie sabe que estoy en el patio. «¿Qué haré? Y si... ¿golpeo algo fuerte para que me escuchen? O mejor, ¿quiebro un vidrio? Tengo que encontrar una piedra, pero no veo ninguna... Allá hay un pedazo de ladrillo...». En mi desesperación, y con los deseos que tengo de ver a mi padre, tomo ese pedazo de ladrillo y lo lanzo hacia la ventana de la cocina. Se rompe el vidrio, sale mi padre al patio a ver qué sucede: llorando me abrazo a sus piernas.

¡Uf! Cómo duele, al recordar, lloro al escribir estas líneas.

—Papi, ella me encerró en el gallinero, porque no quería comer porotos.

Mi padre se dirige a mi madre con toda dulzura y le dice:

—Pero, mi vida, si a la niña no le gustan los porotos ¿para qué la obligas?

Feliz entro en casa de la mano de mi padre. Ella no dice nada, está muda. No recuerdo que mi madre me haya dado un abrazo o un beso de buenas noches. Duele el alma.

Un día mi padre me comentó que él estaba almorzando, el comedor tenía un ventanal que daba hacia la calle, y vio pasar muchas gallinas por la vereda. El nunca pensó que las aves procedían de su propia casa. Desde aquel día nunca más hubo gallinero en casa.

Este hecho sucedió un viernes, porque los lunes se hacían lentejas en casa y los viernes los dichosos porotos.

## **Invierno de 1962**

Tengo cinco años. Estarde, mis hermanos están acostados, son aproximadamente las diez de la noche y yo todavía no me acuesto, voy a la cocina a buscar un vaso de agua. Todas las noches, hasta el día de hoy, dejo un vaso de agua en la mesita de noche. Al pasar el tiempo comprendí que imitaba a mi abuela Inés, la mamá de mi padre, no sabía por qué ella lo hacía, pero la costumbre me quedó grabada y un día, cuando ya era una adolescente, descubrí que mi abuela dejaba su dentadura postiza dentro de un vaso con agua.

Mi madre me encuentra cuando me dirijo a la cocina y se da cuenta de que todavía estoy en pie: me pega una bofetada en la cara. La miro y quedo paralizada.

—¡Llora! —me grita.

—No lloro y no voy a llorar —le respondo.

Me vuelve a pegar. Mi padre está en el *living* y al escuchar los golpes se dirige a ella y le dice:

—¿Para qué le pegas? ¿No te das cuenta de que la niña es sensible?

—Qué va a ser sensible esta chiquilla, es un atado de mañas, ¡eso es lo que es!

Aprendí a callar, a guardar mis emociones, no tenía quién me escuchara, quién me defendiera, quién me hiciera cariño; nadie que me cobijara o que me acunara. Sigue doliendo el alma, brotan las lágrimas, es amarga la sensación que queda en la garganta.

### **Noche del 14 de junio de 1964**

Casi se acerca el reloj a la una de la mañana y nace mi hermana Gloria. Mi madre está grave después del parto y la trasladan a otro hospital fuera de la ciudad, permanece alrededor de un mes fuera del hogar. Mi hermanita llega a casa esa noche recién nacida. Estoy feliz de tener una hermanita. En la mañana llega mi abuela Inés a dar el biberón a la bebida. Mi hermanita empezó a crecer rápidamente, era inquieta, inteligente, habladora, era mi orgullo, y me decía «mamá». Un día de verano, para el cumpleaños de mi madre, salimos a almorzar a un restaurante y mi madre me dijo que arreglase a Glorita para salir. Empecé a buscar ropa para vestirla y no encontraba nada, ninguna prenda le quedaba bien, todo le estaba chico. Entonces, busqué una blusa blanca mía con cuello bebé de raso blanco y se la puse como vestidito, se veía hermosa. Tenía diez años y mi hermana tres años. Ese día fue como un «¡Eureka!». Fue en el preciso momento en que buscaba algo de ropa para vestir a mi hermana cuando me propuse ser una verdadera mamá para mi hermana. Le empecé a contar cuentos antes de dormir, jugaba hartito con ella y a la hora de almuerzo le daba la comida. Y así fue pasando mi infancia, entre lo que percibía una falta de cariño o frialdad por parte de la madre y el cariño que le tenía a mi hermana menor. Estudiaba en un colegio de mujeres y era buena alumna, mi deber era solo estudiar, decía mi padre.

### **Marzo del año 1974**

Era el primer día de clases en un colegio mixto y ya estaba en el último curso de finalización de estudios. Este año yo quería liberarme y no deseaba ser más buena alumna, quería divertirme, pasarlo bien.

Corrí hacia los últimos puestos, porque deseaba sentarme en la última fila, había decidido que ese año no me iba a esforzar ya que ni siquiera deseaba estudiar, si captaba la materia en clases bien y si no captaba... bien también.

Pero no había ningún banco disponible en la última fila, ¡llegué tarde! y me encontré con que sólo quedábamos Gabriel y yo sin puestos, y le dije:

—Oye, sentémonos juntos, entonces.

—Ya, bien, no nos queda otra.

Néstor y Gabriel eran dos hermanos que estaban en el mismo curso. Néstor era el mayor y Gabriel el menor, y este último me molestaba con su hermano.

—¿Te gusta Néstor? A ti te gusta mi hermano...

—¡No! Déjame tranquila, no me gusta tu hermano.

Gabriel era desordenado, a veces peleaba con él y él me lanzaba bolas de papel en la cabeza, a lo que le respondía con las mismas pelotas de papel, pero «mejoradas»: le ponía un pedazo de pan duro entre medio y se las devolvía directo al blanco: chichón en la frente. Así, él me dejaba de molestar. Lo conocía desde los 5 años ya que nuestras familias compartían paseos al campo los días domingo.

Al sentarme junto a Gabriel y tener que compartir todo el día el mismo banco, con el tiempo descubrí que Gabriel era entretenido y se me hacían llevaderas las clases, ya que estaba aburrida de estudiar. Me ayudaba en las pruebas de matemáticas y en dibujo (no me gustaba ensuciarme las manos con ténpera o manchar los cuadernos), él hacía las pruebas de matemáticas por mí y yo le ayudaba en castellano, francés e inglés. Así es que formábamos un equipo perfecto para aprobar los ramos. Nos ayudábamos mutuamente y lo más entretenido era que nos divertíamos, lo pasábamos bien en clases.

### **Abril de 1974**

Teníamos un profesor de castellano que era «muy expresivo». Como estábamos en la primera fila, este profesor dictaba sus clases apoyado en nuestro banco y salpicaba con saliva el pupitre. Nosotros, lo que hacíamos durante toda la hora de clases, en vez de tomar apuntes, era dibujar un círculo con lápiz grafito en donde iban cayendo las partículas de saliva. En una oportunidad me cayó una gota de saliva en la barbilla y le mostré a Gabriel, muerta de la risa, mi cara, y en seguida él me dibujó un circulito en la barbilla. No dejábamos de reírnos, y expulsaron a Gabriel de la sala. Yo tenía fama de ser la alumna aplicada, pero él tenía fama de desordenado: «Cría fama y échate a dormir». Me dio pena que lo expulsaran de clases por mi culpa, ya que a mí no me anotaban, no me llamaban la atención. Yo era la (supuesta) buena alumna, pero me di cuenta que él también era buen alumno, era inteligente, resolvía rápidamente las pruebas de matemáticas (hacía su prueba y la mía) él me aseguraba obtener la nota 7 y él a veces sacaba un 5 o le alcanzaba la mayoría de las veces para un 4. Y eso a él no le importaba...

Empecé a mirar a Gabriel con otros ojos, lo observaba: bonitos ojos color miel casi verdes, un rostro atractivo, entretenido, inteligente, tierno, de buenos sentimientos. Me levantaba con deseos de ir a clases solo para pasar el día con él y conversar en clases, era poco lo que poníamos atención. Un día me invitó a un baile y me pidió que fuera su polola. Ese día recibí mi primer beso.

Desde ese día mi vida adquirió otro matiz, me sentía contenta, feliz.

Pero la situación con mis padres era tensa. Me empezaron a poner cada vez más restricciones a mi amistad con Gabriel. Mi padre me dijo que lo único que deseaba ese muchacho era seducirme. A esa edad, de dieciséis años, era tan ingenua...Ni siquiera sabía lo que significaba esa palabra. Mis padres no permitían que me juntara con nadie, salvo con Belén, que era una vecina y amiga desde pequeña. Mis amigos debían pasar un «examen» de control antes de ser aceptados por mis padres. La oposición que presentaban mis padres a Gabriel produjo conflicto en mí y, para mantener la fiesta en paz, con mucho dolor en mi alma, fue que di por terminada esa relación. Ingresamos a la universidad y nos dejamos de ver.

### **Noviembre de 1976**

Un día en que iba de viaje desde mi pueblo costero hacia la ciudad en donde estudiaba enfermería me encontré por casualidad con Gabriel en el tren, se sentó enfrente mío y me dijo: «Vivo en la capital, estoy trabajando, casémonos». Como sabía que si me casaba perdía todo apoyo económico familiar le dije que me esperara a que finalizara la carrera de enfermería, pero no le di razones del porqué de la espera... Estaba terminando el segundo año y me faltaban solo dos años, nada más. No me respondió. Silencio en él y silencio de mi parte, llegué a mi destino, nos miramos, una mirada intensa que traspasó mi ser, bajé del tren y no supe más de Gabriel. Pasaron los días y empecé a experimentar una tristeza enorme. Había perdido la oportunidad de mi vida, la oportunidad de ser feliz, todo mi ser se removió al encuentro con Gabriel. Dejé la carrera de enfermería y me fui a otra universidad ubicada en una ciudad al sur del país. Allí conocí al que fue mi esposo, Bernardo.

### **Semana Santa del año 1978, en abril**

Transcurrieron dos años de aquel día de ese encuentro en el tren y el día Sábado Santo, golpean en la puerta de la casa de mis padres... ¡era Gabriel! Me pareció muy extraña su visita después de tanto tiempo sin saber nada de él. Pasados unos meses supe que se había casado luego de esa «visita». Fue como una despedida.

Se me vino el mundo abajo. Nada tenía sentido. Era tan diferente mi relación con el que fue mi esposo y la relación que tenía con Gabriel, con él me sentía diferente, era feliz con una mirada, con que me tomara de las manos, una caricia en mis mejillas, con un paseo por la orilla de la playa... Y con Bernardo no me sentía feliz en el alma. Al cabo de un año de estar pololeando con Bernardo me pidió matrimonio y ¡me casé!. Era el día de la ceremonia por la Iglesia y lloré mucho antes de salir desde la casa paterna al templo, quería arrancarme. Salí del templo convertida en «flamante esposa» y, mientras lanzaban arroz en mi cabeza para desearme buena suerte, mi «maridito» me dijo al oído:

—¡Gané! Al fin te conseguí, ¡lo logré!; le gané a Gabriel.

Así fue como tuve que empezar, desde ese mismo instante, a cargar con «mi cruz», como me decían mis padres. Nos retiramos de la fiesta del matrimonio alrededor de las cuatro de la mañana y, en el trayecto, no habían transcurrido ni 10 kilómetros de viaje hacia la capital, Bernardo abrió mi bolso con una mano, mientras que con la otra conducía, y sacó el dinero que yo llevaba, guardándolo en el bolsillo interior de su chaqueta. Mi padre me había regalado mil dólares además de mil doscientos dólares producto de mi trabajo. Me dijo:

—“Ahora eres MI mujer y soy YO quien administrará el dinero” —él era ingeniero comercial.

Me sentí en shock. Era MI DINERO. ¿Esto era el matrimonio? Parece que partimos mal.

Se acabó la luna de miel (hiel). Se empezó a poner agresivo, un día me pegó una bofetada en plena calle, porque yo deseaba entrar a una tienda y él no quería ir allí.

Un día estaba haciendo el aseo en el baño en el segundo piso del departamento en que vivíamos y me dio un mareo. Intenté bajar al primer piso y traté de aferrarme a la escalera. Rodé por la escalera y luego desperté en un descanso antes de llegar al primer piso. Me había desmayado. Hacía días que me estaba sintiendo extraña y, cuando estaba sola, dejaba entreabierta la puerta de la calle por si me sucedía algo. Me levanté y fui a pedir ayuda a la vecina. Fueron a buscar a mi marido al trabajo y me llevó al médico. Me hicieron una ecografía: estaba embarazada.

Tuve que guardar reposo tras el desmayo, tenía síntomas de aborto. A los seis meses me permitieron levantarme y, un fin de semana en que la empleada tenía descanso, tuve que hacer comida e hice tallarines con crema y nueces. Al

servirle el plato de comida, mi marido vio los tallarines blancos y me dijo que él no iba a comer esa “porquería”. Se dirigió a la cocina, tomó la olla con los tallarines y lanzó la olla contra la puerta de la cocina. ¡Continuaba la violencia!.

Nació mi bebé y mi dicha era completa. Un domingo en la mañana le acababa de dar de mamar y estaba literalmente repleto: rebosaba leche por su boquita. Lo acosté en su cunita y lo miré embelesada. Apareció Bernardo por detrás de mí, se acercó a nuestro hijo y le dio una bofetada en su carita. No entendí nada. ¿Qué hacía? El niño se puso cianótico, ni siquiera lloraba. Le hice la respiración boca a boca (recordaba los conocimientos adquiridos en enfermería) y el bebé comenzó a respirar. Fue una puñalada en mi corazón. ¡Mi hijo solo tenía cuatro meses de vida! ¡Era un ser indefenso!

Esto no podía seguir, y emprendí viaje a casa de mis padres. Llegué al pueblo donde vivían mis padres y les dije que Bernardo me golpeaba y golpeaba a mi hijo. No me creyeron, me dijeron que era fría con él, que «algo» debía de haber en mí que a él lo irritaba. Me subieron al auto y me llevaron de regreso al sur.

Mi hijo empezó a crecer, lo disfrutaba cada día más. Bernardo ya no me golpeaba tanto, a veces me daba algún que otro puñetazo; por ejemplo, si no le gustaba el almuerzo, se levantaba de la mesa y al pasar por mi lado me lanzaba un puñetazo en los brazos o en las costillas. Ahí me di cuenta que lo hacía premeditadamente, porque eran lesiones que no se veían a simple vista, nunca me dejó marcas visibles. A veces me trataba de «loca» o de que no sabía hacer «nada» cuando estamos entre amigos. Un día de noche en que hacía mucho frío. Bernardo quería encender la chimenea y empezó a partir leña dentro del piso interior de la misma. Le dije que no cortase leña dentro de casa, que, por favor, se fuera al patio. Sin mediar palabra, se dio la vuelta, pegándome con la culata del hacha en el pie izquierdo. Me dolió una enormidad, luego aumentó de volumen y salió un hematoma. Cojeando, fui hasta el dormitorio. No podía ir al hospital, ya que en ese estado no me atrevía a conducir ni tampoco podía dejar a mi hijo con Bernardo. Debía quedarme en casa. Como había estudiado enfermería me di cuenta de que tenía el segundo dedo fracturado. El hueso roto terminó de soldar con el tiempo, pero quedó fuera de lugar. Esa marca quedó en mi cuerpo como «recuerdo». Me separé de Bernardo.

Participaba en la Renovación Carismática Católica y me dispuse a hacer oración carismática y el Señor me dio esta palabra del Salmo 137:

«Te **alabaré** Señor, con todo **mi corazón**, porque **oíste las peticiones de mi boca**. Si me hallare oh Señor en la **tribulación**, **tú me animarás**, porque extendiste tu mano contra el furor de **mis enemigos** y **me salvó** su **poderosa**

**diestra. El Señor tomará mi defensa.** Eterna es oh Señor tu misericordia. No deseches las obras de tus manos».

Esta palabra de la Biblia me dio fuerzas, sobre todo este versículo: «**El Señor tomará mi defensa**», que me infundió confianza y valor, y me dirigí hacia el Arzobispado. Allí me entrevisté con la defensora del vínculo matrimonial: «Lo que usted me cuenta es tan grave que es necesario que inicie de inmediato los trámites para declarar nulo su matrimonio religioso, la iglesia es Madre y una madre no quiere que su hijo sufra». Inicié todo el proceso y en diez meses estaba libre del vínculo matrimonial. Conociendo a mis padres era mi única salida, era la única forma en que la familia me aceptara como una mujer separada. Ellos no se convencían y no concebían cómo un matrimonio religioso podía quedar nulo.

Gabriel supo que me había separado y me buscó. Me dijo: “me siento muy bendecido y agradecido de Dios. Son las vivencias interesantes las que quedan en el alma y en la memoria, son los tiempos de Dios los perfectos, no los míos” y yo le respondí: “tu fe me impresiona. ¡Cómo te admiro! Tocas mi alma, supe ver el tesoro que hay en ti, amor mío”. Y nuestro amor resurgió con más fuerza.







# Duelo eterno

**Autora**

Adela Reiman Garcés (77)  
San Pedro de la Paz

I

Confieso que he vivido  
La más terrible de las tragedias  
Cuando la lluvia de julio no da tregua  
Un grito desgarrado del alma  
Una noticia que nadie espera  
Del otro lado del teléfono una llamada  
\*En accidente ha muerto su hijo\*  
\*Al pie de la cascada de la U. de Concepción\*  
¡No es verdad! ¡No puede ser verdad!  
Se agolpa el cerebro, se nubla la mirada  
Con la noticia permanezco paralizada.

II

De un escenario rutinario  
Pasar de golpe a perder un hijo  
Un puñal certero en las entrañas  
Sufrimiento de sepulcro que descalabra  
Un aullido de dolor en la garganta  
¿Por qué la prisa, por qué sin despedida?  
Las preguntas rasguñan las paredes  
Remontan el techo para caer al vacío  
Responde la ausencia, el sufrimiento,  
La muerte no escribe respuesta.

III

La lluvia pausada escolta el funeral  
Sólo recuerdo algunas frases hechas  
Nebuloso instante de susurros y silencios  
El cielo solloza, el gris del invierno  
Abatida las fuerzas un río de tormento  
Su cuerpo fue encontrado muerto  
Su alma liberada hacia el universo  
Desfila el cortejo, la familia, los amigos  
Y los conocidos sólo por compromiso  
En romería final hacia el cementerio.

IV

Tenebroso este atardecer de sepulcro  
Lánguido sinsabor de crespones negros  
La angustia se arrastra doliente  
Llevando la pesada caja de madera  
Su sonrisa extinguida para siempre  
La sombría mortaja, la voz silente  
El túnel oscuro, el frío de los huesos  
El sendero terroso pegado a los zapatos  
Todo fue de prisa y lento a la vez  
En agonías de escarchas y sencillez.

V

Este magno dolor me obliga a escribir  
Con una daga alojada en el alma  
Atado el sufrimiento al cuerpo  
Así transcurren las noches en desvelos  
Estos escritos han sido mis compañeros  
Duele el silencio sepulcral sin mi hijo  
Duele el aire que respiro al recordar  
Estoy leyendo, no encuentro consuelo  
Para desahogar este caudal hirviente  
Me ahogo en este silente llanto mío.

VI

Pasan interminables los días  
Creo que desfallezco a cada paso  
Las calles se han tornado un laberinto  
Deambulo entre miradas impávida  
Buscando entre sombras mi hijo muerto  
Su altiva figura de quijote aventurero  
Sus manos aladas colmadas de ternura  
Sus grandes zancadas buscando destino  
Indolente la muerte le puso freno  
Truncado de golpe, besando el suelo.

VII

Perdí el timón al ver la lápida fría  
Romperse en pedazos mi barca  
La última morada, la última palada  
Concluye una etapa con ramos de flores  
Una cruz de madera deshabitada  
Fue el cruel destino de una guadaña  
¡No quiero este hijo muerto! Grito...  
Nadie parece escuchar este tormento  
Pasan los años y la rutina sigue igual  
Tropezando en pena cada despertar.

VIII

Pereciendo un poco como sonámbula  
En trampa de muerte sellando el hablar  
Atrapada en un túnel sin salida  
En laberintos de secretas pesadillas  
Esquivando dolencia, abrazo la almohada  
Quiero tragarme este tormento  
Tomar calmantes, drogar los recuerdos  
Quiero dormir y olvidar, que sólo sea sueño  
Quiero nublar la razón, un frasco de pastillas  
Que el tiempo se detenga a esta realidad.

VX

Aquí estoy sobreviviendo  
Llena de recuerdos, secando una lágrima  
He aprendido a vivir en este dolor  
Camino descalza, abro ventanas  
Ya la lluvia de julio es menos dañina  
No hay palabras de consuelo que valgan  
Todo tiene su tiempo de espera y proceso  
Ya pasaron veinte años y aún recuerdo  
Con la misma intensidad lo sucedido  
Te extraño tanto hijo mío.

LÚA AMBELA







# El destino de una mujer libre

**Autora**

Virginia Ramos Poseck (69)

Traiguén

Salí de mi oficina a tomar aire, a reconectar mis cables a las emociones. Jacques Brel, dije. Canté bajito ...Sa fait du bien d'être amoureuse...<sup>1</sup> Marquê, - Aló. Me contestó, -¿Aló sí?- De mi boca salió una voz ronca y otra aguda, a las puertas de la adolescencia y cambiando de voz. Adulta o niña, trasnacional o amor. En un segundo regresé a mi jardín secreto de la infancia, al sencillo lugar de sol con brillos de arena, bajo la escala del campo de mi abuela, la Tránsito.

-No iré a comer a la casa hoy. Reunión imprevista, dijo. La materia gris de mi cerebro creció y los huesos craneanos la apretaron. Él cortó. Me dolió un ojo reventado por una granada y quedó colgando de un resorte. Fue mi tristeza porque nadie me miró. Caminé tarareando, una canción de Jacques Brel, "Laisse moi devenir l'ombre de ton ombre, l'ombre de ta main, l'ombre de ton chien."<sup>2</sup>

Llegué a una calle donde habíamos estado hace unos 3 meses, en una fiesta de amigos. A la luz del salón, tras la cortina, se proyectaban sus sombras. Era él, sin duda. Ella era, la que supuse. Los capté en todas las dimensiones y en el resto de ellas, con todos mis sentidos en un segundo. Ese don. Lo heredé.

Esa tarde lo esperé en nuestro departamento. Velas, copas. Parece que no pude desconectarme de mi tono en estrés sostenido que atraía esquirlas de granadas. La de esa noche, me aplastó. "Ándate a la mierda, me tenís cabriao". Mis neuronas decrecieron a una musiquita en tono de vacío.

Entonces mi felicidad andaba entre nuestro departamento, el gimnasio,

1 Traducción libre: Hace bien estar enamorada

2 Traducción libre: Déjame llegar a ser, la sombra de tu sombra, la sombra de tu mano, la sombra de tu perro.

la oficina y la consulta del obstetra a la que llegaba acelerada. Cada mes debíamos estar atentos a la hora precisa, para la inseminación intrauterina (IIU) para formar una familia.

En la mañana siguiente tomamos café, cerramos la puerta del departamento, corrimos al ascensor y seguimos tras la fila de autos. Ese día aproveché ropa y varios que la empresa quemaba, al fin de las liquidaciones de temporada y lo llevé en cajas a los niños que al nacer, sus mamás niñas botaban a los basureros de una población cerca de la tumba del Padre Hurtado. Pasaban sus días en tres cabañas pequeñas con un patio de tierra de 60 metros cuadrados. Estar vivos era algo, ser felices, otra. Las monjas de Calcuta revisaban la basura. También cobijaban a niñas que huían de abusos de sus familias. Violencia física. El ataque psicológico era también violencia, sin duda.

El penúltimo día de 1988, nos juntamos a almorzar. Reconoció que andaba con la sombra en la cortina. Dijo que yo no tenía motivos para sentirme dolida porque a mí me quería más que a nadie. No era mi momento para responder. Tengo lectura sicoanalítica. Nos despedimos en silencio. La crueldad sin culpa, sin contemplación, con que él me había tratado, me dejó intelectualizando el acontecimiento. Decirme la verdad hubiera sido un reconocimiento a mi derecho a optar con libertad. Me hubiera contenido como a un ser humano igual, aun siendo mujer. Un hombre o una mujer manipuladores son esclavistas. Lo hizo simple, lo mío era huir de la mentira, no me gustaba jugar con la dependencia.

Hasta entonces había recorrido el mundo en las páginas de los libros de mujeres genio como Marguerite Yourcenar, Melanie Klein. Por las pasiones humanas, con Dostoyevsky, que marcó mi adolescencia. Con cada hermano Karamazov, con el padre y en todas las mujeres concentradas en la sensual Grushenka, la sin escrúpulos, redimida al aceptar a Dmitri, otro como ella. Con los dos en el infierno, brotaban burbujas de virtud. Yo di mi propio salto sobre el cruce cultural de fines del Siglo XX, al momento exacto en que el caballo apocalíptico saltó la enorme valla hacia el reino de la codicia. Aún no había leído Los Miserables, de Víctor Hugo. Aún alucinaba amando a Dmitri, mi cómplice en la Siberia Siglo XXI, aunque cansados por el mundo amenazante y ajeno.

Me quedé en la mesa. Quería escribir sobre los significantes con que recibíamos las mismas palabras al pasar 200 años. Pedí un lápiz al mozo y escribí en la

servilleta. En la era de la información y del conocimiento, cada consumidor y consumidora ya estaba usando según su conveniencia, los principios éticos contenidos en la “Declaración de los Derechos del Ciudadano”. El que se quedó en los valores republicanos aprendidos en educación cívica en la escuela de los 60, salía expulsado del libre mercado, por la fuerza centrífuga de la alta velocidad con que el nuevo modelo humano de perfil ganador, el solitario, el astuto, el sagaz, se movía por lograr la ganancia mayor. Con esos valores, el amor pasó a ser un bien de consumo tan atractivo como para usarlo en publicidad. Vivir era una cosa, ser feliz, otra.

Para sentirme mejor, pedí otro café y viajé a mi infancia a la casa de los abuelos. Producir comida y lograr comerla, cambió con el eje planeta, en un abrir y cerrar de ojos o en un siglo. A Chile, habían llegado colonos, acá estaban los mapuche, los chilenos y los mestizos de variedad de colores, pobres o ricos. En 1879, casi centenario de la gran gesta francesa, muchos chilenos, y también desde Traiguén, habían marchado a la guerra del Pacífico. En la Europa de esos años, la influencia de Bismark decaía en Alemania, *El Keyser* Guillermo II tenía ideas entre católicas y expansionistas, los polacos pedían limosna por las calles de Berlín. El imperio Austro Húngaro se debilitaba. Pre escenario para la Primera Guerra Mundial.

Mi abuelo compró una hijuela al Estado de Chile para inmigrar. Él y su familia procedentes de Berlín, zarparon de Bordeaux, para llegar a las costas de Talcahuano en el vapor Galicia el 22 de febrero de 1885. Al campo vecino llegó la familia francesa de mi abuela. El abuelo Federico y la abuela Tránsito eran niños. Los franceses se reían de los vecinos alemanes porque plantaron palmeras en el techo de la casa. A la primera lluvia de La Araucanía, las palmeras y el techo planearon por las torrentosas corrientes del viento del sur, adiós el último sueño americano de playas de arena blanca. Desde entonces en las noches de mucho frío y tormentas, dormían en el granero, tapados con trigo. Después de casarse, mi abuelo manejaba el tractor, las trillas, las finanzas, los negocios y el papeleo. Nunca lanzó una granada de ofensas a la Tránsito, la gran madre de su enorme familia.

También los hermanos menores siguieron con ellos. Para mi abuela, su casona de piezas con puertas a galerías interiores, llenas del sol del mediodía, era su globo terráqueo entero. La abuela tuvo doce hijos. Una matrona la ayudaba a

parir, en uno de los dormitorios, el mismo donde nació mi mamá y al pasar del tiempo, nació yo. Desayuno, almuerzo, once y comida eran servidos a la hora en punto, ocho, doce, cuatro, ocho en una gran mesa de veinticuatro puestos fijos, cuya cabecera la presidía la tatarabuela que nunca aprendió español. Todos llegaban sin retraso a ocupar su lugar, incluso los niños menores que en una banqueta al extremo final se daban puntapiés por debajo del mantel, disimulando las risas. Un enorme cuarto de cocina era el centro de comandos, de la preparación de los alimentos del día y para todas las estaciones de cada año.

La abuela pagaba a ayudantes para hervir las sábanas, lavar, coser, planchar la ropa de la familia, sacar brillo a los pisos. Mantener la belleza de los jardines y el frescor del huerto. La Tránsito dirigía las faenas. Vacas, gallinas, caballos. Preparación de vino fresco, chicha de manzana, la comida de los trabajadores. Fiestas para los rituales como bautizos, pascuas, matrimonios. Actos culturales, tertulias. Al pasar el tiempo llegaron yernos, nueras, nietas, nietos. Ella se iba a dormir pensando en el ternero recién nacido, o si Nano, el hijo que estaba de semanero para buscar la vaca, despertaría o no, a las 4 de la mañana y si la Clema, su brazo derecho para gobernar el trabajo del hogar, se levantaría a tiempo a lechar y encender el horno del pan para el desayuno. Ella no tuvo tiempo ni para llorar cuando murió un bebé mellizo. Sin ella, ninguno de nosotros andaríamos acarreado, trigales, lluvia y viento en el alma. La Tránsito, no fue a la universidad. No leyó libros. No pretendió sufragar. Consideró un éxito casar a sus lindas hijas con hombres morenos, chilenos, patriarcas. Ellas dependieron del sueldo y de la opinión de sus maridos, hasta para criar a sus hijos.

Ni se les ocurrió pensar en el por qué de la pobreza. La abuela abría su puerta a niños entumidos. Hacía rodar un rollo de género por el suelo, tendía al niño cuan largo sobre él y marcaba su silueta con una tiza de sastre. La Clema lo bañaba en agua tibia, en tanto la abuela cortaba y luego movía el pedal de la máquina de coser siguiendo la línea ya trazada. El niño vestido de traje nuevo y abrigador según la estación, era invitado a recibir un plato de la comida familiar que hervía a fuego lento sobre la gran cocina a leña. La pobreza llegaba a golpear a su puerta a pedir ayuda. Para la crisis del año 1930, les llamaban carrileros a los cesantes que venían de las salitreras del norte, como un reguero de hormigas por la línea del tren, entraban y salían de los pueblos, en busca de trabajo y de comida. Mi abuela mantenía una olla grande a fuego

lento donde acudían los carrileros al pasar. Ella no solucionaba la política del país, sin embargo cada uno vivió un cambio importante, después del plato de comida, recibido de la Tránsito, en Traiguén.

Al ir al campo, un día, la abuela casualmente montó el caballo del abuelo. Por un gesto del pingo, le soltó la rienda y éste galopó directo a asomar su cabeza por una ventana. ¿Llegaste Federico?, preguntó coqueta la voz de una dama. La Tránsito lanzó un par de tiros al aire con su escopeta de protección. La mujer más desnuda que el abuelo vio en su vida era la trapecionista, con traje de baño de lana, en la única función anual del circo pobre, de paso en verano. Federico, antes de morir, le pidió perdón a la Tránsito y ella lo perdonó. Por lo que según la ley del perdón, recuerdo con amor sus ojos azules de gringo bonachón. El viento y las tempestades del sur grabadas en sus venas son su legado.

Mi mamá, estudiaba en el liceo de niñas de Traiguén donde la adelantada Gabriela Mistral, fue profesora en 1910. Al pueblo también llegaban presidentes, mi mamá desfiló con su liceo, me contó, frente a Pedro Aguirre Cerda, famoso por su frase "Gobernar es Educar" (1938-1944), ante quien Traiguén salió a las calles, a la música del regimiento 4 de artillería: El Chumay. En esos años comenzaron a migrar los campesinos del campo a la ciudad, vino la sustitución de las importaciones y se creó la Corfo institución estatal de fomento de las industrias. En 1949 se promulgó la ley de libre sufragio femenino. Recuerdo haber visto la Alameda de Santiago, plena de obreros, sus mujeres y niños, protestando, en 1956, segundo gobierno de Ibáñez. Entonces, mis viejos gastaban la mitad de su sueldo en pagar mi colegio. Vi también la misma Alameda plena de gente con flores en sus manos, en fila, a rendir su adiós al féretro de Gabriela Mistral en 1957.

La abuela María del Tránsito, antes de morir, en enero de 1975, me dijo, "Nieta, yo me siento de 15 años de edad. Cuando miro mi cara al espejo, me veo vieja y muriendo. Me pasé la vida criando chiquillos. Que a usted no le pase lo mismo". La travesía por el Atlántico corría aún en su sangre. La casa en el pueblo y la del campo fueron su tierra prometida. Su horizonte del que nunca más salió.

Solté una lágrima al recordar a la Tránsito y a mi madre, ambas con sus sonrisas de mamá, sus ojos brillantes de amor, fueron troncos de Araucaria inmensas y añosas. Pagué el café. Devolví el lápiz al mozo. Todo claro, dije. En la fiesta de año nuevo, sentía otra vez el dolor de mi ojo suelto, como la

serpentina colgada del cotillón de fiesta. Celebramos hasta el amanecer. Los cerros negros perfilados en copos de nubes. Respiré tan profundo que tragué todas las estrellas. Miré brillar pelusas diminutas, en el frescor del aire, al amanecer del primer día de 1989, Bicentenario de la Revolución Francesa. Alcé mi vaso espumante y brindé con un grito de Libertad, Igualdad, Fraternidad. Gran jolgorio de respuesta, mientras estallaban burbujas en las copas. Alguien leyó uno de los versos de Neruda.

*"Sonríeme radiosa/ si mi boca te hiere/ .....Ámame, tú, sonríeme/ ayúdame a ser bueno/ no te hieras en mí que será inútil/ no me hieras a mí/ porque te hieres."*<sup>3</sup>

En mi cabeza el gorro frigio, de Marianne, símbolo libertario. Sus principios, a fuego en mí. Caí trémula sobre un sofá cual heroína de la *belle époque*. Miré hacia el techo. Una araña tejía, deshilaba y volvía a tejer una malla de colores. Sonreí, era la Tránsito en la máquina de coser. Mi ojo sanó, en un chasquido. Hice sonar el cristal de una copa, calló una estrella y avisé mi renuncia indeclinable al matrimonio. Los amigos, amigas y mi ex palidieron. Cuando los vi recuperados brindé en italiano recitando la parte de Violeta en *El Brindis de la Traviata*

*Liviamo, Liviamo  
...Godiam, fugace e rápido  
è il Gaudio dell'amore  
è un flor che nasce e muore*

*Bebamos, bebamos...  
...Gocemos, ya que rápido y fugitivo  
es el placer del amor  
es una flor que nace y muere*

Y agregué: Il mio primo amore e andato in fondo e a questo mondo non torna piu.<sup>4</sup>

Desde entonces a cada año nuevo, brindo con Violeta, "*Sempre Libera*", por "el amor, que es locura y también el latir del universo entero. Orgullosa, altiva. Cruz y Delicia".<sup>5</sup> Con mi república en la frente, aventurera a mi modo. Soy la primera mujer libre, ya pasadas las generaciones anteriores en mi familia.

3 NERUDA, Pablo, *Los Versos del Capitán*.

4 Traducción libre: Mi primer amor se fue al fondo del mar y a este mundo no vuelve más.

5 Di quell'amor ch'è palpito/Dell'universo intero, Croce e deilizia (Alfredo, en *Sempre Libera*, *La Traviata*)

Mientras otros niños jugaban, yo leía y estudiaba. Se hizo hábito. No dejé de ser libre cuando me enamoré. Me costó, pero también respetaron mi criterio y libertad al trabajar. En el tema, fui profesora en universidad y en poblaciones. He sido resiliente. A veces pasé años, sin recibir ternura a mi regreso a casa, ni un abrazo y ni una boca que me dijera bonita. Aunque una vez un chofer chocó al verme pasar, altiva por Bellavista camino a mi trabajo, de madrugada. Venía de una noche de poesía y de bohemia. Había toque de queda. Fresca como nueva a ganar el pan. Mi casa fue recorrer la tierra con pasaporte mestizo. Salí de paseo con mi igualdad de derechos, por el mundo. La fraternidad la recibí de mis amigos y amigas. El tiempo tiene portales que tragan a las personas y a las cosas. Poco a poco, estoy quedando sola. Y según sea la dirección del viento, desolada.

En el amanecer del año del bicentenario de la Revolución Francesa, fue el primer año nuevo que recomencé el viaje en tierra de nadie. A continuar en el siglo XXI, por el camino de un destino incierto. Con el sombrero de Marianne y la copa de Violeta, las burbujas brillan pequeñas en el aire de cualquier amanecer.

Traducción libre: Mi primer amor se fue al fondo del mar y a este mundo no vuelve más.

Dì quell'amor ch'è palpito/Dell'universo intero, Croce e deilzia (Alfredo, en Sempre Libera, La Traviata)





# Retasos de mi vida

**Autora**

Flor María Mieville Cifuentes (78)  
Puerto Montt

Te confieso que he vivido  
Un largo y feliz caminar  
Sin pensar si eso es bueno o malo  
O sólo ver mi destino pasar.

Cuando corría el año cuarenta  
Llegué a integrar un buen hogar  
Donde ya había tres hermanos  
Donde existía amor y paz.

Mi niñez y juventud  
Fue hermosa y agradable  
Guiada en todo momento  
De las manos de mis padres.

Para resumir y siguiendo etapas  
Conocí un morenazo  
Y ya con veintiún años cumplidos  
Salí de la iglesia con el del brazo.

Ya en mi matrimonio  
Dios nos bendijo  
Y a nuestro hogar llegaron  
Dos hermosos hijos.

Pero no todo puede ser perfecto  
Se nos enfermó el jefe del hogar  
Una trombosis muy grave  
Vino nuestras vidas a cambiar.  
Pero Gracias a Dios él está junto a mí  
Cumpliendo los ochenta y dos años  
Y juntos con penas y alegrías  
Celebraremos cincuenta y siete años de casados.

Me gustaría agregar  
Un poema muy hermoso  
Que lo compuse para un aniversario,  
El número cuarenta y ocho.

Recordar el pasado  
Que siempre está presente  
Porque te tengo a mi lado  
Porque me miras de frente.

Simplemente te amo  
Cada día con un amor diferente  
Simplemente te amo  
¿Hasta cuándo?, hasta siempre.

Nos conocimos un día  
Como se conoce mucha gente  
Pero en tu mirada y la mía  
Había algo diferente.

Viniste desde lejos  
Y a mi vida te agregaste  
Cuando tu ruta y la mía  
Tenían un cuento aparte.

Yo no pensé en los problemas  
Que este amor nos hubiese dado  
Si no existiera ese ser divino  
Que no se aparta de nuestro lado.

Él con su amor infinito  
Nos envolvió con un abrazo protector  
Y en la vida y día a día  
Él nos da su bendición.

Hoy que un año más cumplimos  
Y ya van cuarenta y ocho  
Te queremos dar las gracias  
Por hacernos tan dichosos.

Padre nuestro que estás en los cielos  
No nos suelte de tu mano  
Y no dejes de decirnos  
Hijos míos yo los amo.





# Urquiza

**Autora**

María de las Mercedes Bejarano Ramírez (72)  
Punta Arenas

Viajé cinco horas en bus Fernández desde Punta Arenas a Natales, yo tenía 24 inviernos.

En el año 1972, la vida era distinta, lenta, me encuentro con una ciudad pequeña, con futuros, el cielo lleno de algodones blancos, cual ovejitas entrando al redil azulado. El intruso viento me abre los brazos, se percibe muy fuerte, tal como a Dios, se siente, pero no se ve.

Colecciono palabras, para relatar lo incontable. Tengo un trato con la esperanza, los recuerdo oscuros aplastan mi alma, toneladas pesan en el espíritu soñador de otrora.

La Biblioteca funcional en el segundo piso de la Ilustre Municipalidad, don Daniel el alcalde me recibe con alegría.

Don Ángel Cabanas me presenta a la señora Francisca ex alcaldesa a quien yo remplazaría como encargada de la Biblioteca. Me sorprende la humildad del Sr. alcalde, todos los día se saca su overol de trabajador del muelle y se coloca su terno, para sumir sus funciones, son personas sencillas y amables.

Trabajo con alegría dando gracias a Dios por ese hermoso trabajo, lástima que se demoran muchos meses en pagarme, mi padre me mandaba dinero para pagar mi pensión. Pasa un año lleno de alegrías, las mamás me llevaban regalos, porque les enseñaban a sus niños, estoy contenta de servir en Natales. La DIBAM no tenía lugar propio para que funcione la Biblioteca. Nos cambiamos a unas salas de la escuela Consolidada, el director don Bruno nos recibió cordialmente haciendo notar la importancia de contar con una Biblioteca para sus alumnos aunque sea pública.

Las salas tenían un calentador a gas y guardaba un hermoso piano ¡Qué belleza la estanterías llenas de libros! Me asignaron a un auxiliar de aseo, Sergio, las salas brillaban, hermosa labor el de guiar a los estudiantes y adultos en encontrar justo el libro que necesitan.

Entendí que las salas eran un lugar de esparcimiento, me conseguí con buenas amistades tableros y piezas de Ajedrez, el Sr. alcalde don Félix, al contarle la iniciativa contrató al profesor Cáceres para que les haga clases de ajedrez gratuitas, gran felicidad, el club sigue vigente hasta hoy en la Biblioteca 14 de Natales.

Hice clases de Educación Musical en el Liceo y Politécnico, corriendo me iba a la biblioteca a cumplir mis funciones, cuando mis pensamientos se iban a la casa de mis padres, tocaba el piano, la nostalgia toca a mi puerta muy seguido.

El día once de septiembre año 1973, me entero por la radio Payne que mi país estaba en guerra, la junta militar y el pueblo. Pasan días, lentos, feos ensangrentados.

En mi vida las angustias transitan parejas. En la puerta de mi lugar de trabajo diviso a un militar de buena presencia, se saca la gorra al saludar, es calvo, amablemente me solicita pasar adelante, pensé que era una fiscalización de libros, yo ya había sacado de la estanterías el "Manifiesto del Partido Comunista", el Capital y varios libros de sociología, había recibido oficios de mi director don Roque Esteban Scarpa. Entra el militar y con brusquedad me ordena "abra su blusa y muéstreme las axilas". Mi extrañeza fue mayúscula, le dije señor usted con qué derecho me manda, me contestó que verificaba las marcas de los comunistas, me reí en su cara, le dije señor las ideas se combaten con ideas no con órdenes.

El tono de su voz rudo, áspero, autoritario, intimidante, se acercó, sentí su respiración yo temblaba, me abrió la blusa, tapé mis pechos con las manos le mostré mis axilas, limpias, perfumadas con desodorante de Río Turbio. La brusquedad de sus movimientos, sonrisa burlona, mirada pecaminosa, lo opuesto a un padre de familia, su imagen proyectaba que es un hombre que tiene hambre de humanidad.

Tiemblo entera, se me atraganta la voz. Agacho la cabeza esperando lo peor se acerca y me dice “no, todavía no aparecen las marcas de los apestosos”, cúbrase con la blusa, cierre los botones y siga con sus libros.

Todos los días siguientes, por mucho tiempo escuchaba el tintinear de sus botas de montar del Regimiento Lanceros. Las horas se escapan y el frío todo lo invade, cara, las piernas y mi corazón.

Este hombre lleva la muerte en los bolsillos.

Los comentarios vuelan de boca en boca, al profesor Aurelilo Rosas le quemaron las retinas en las torturas en el frigorífico Bories. Cómo no tener miedo soy el único sostén de mis padres ancianos. Las angustias corren por mis venas, otra vez el ruido de sus botas, así anuncia su negra visita, antes de entrar percibo el aroma del flaño, mismo perfume que usa mi padre, su presencia gris también huele a torturas.

Mis pensamientos peregrinos vuelan por el aire, viaje al calor de mi hogar, de la estufa Dover mantenida con leña y carbón de la mina Peket, al olor de la sopaipillas de zapallo, al café de cafetera con granos recién molidos. Se me agrupan las palabras, caen por el vértigo de los vejámenes. Ya no duermo, no puedo, cuento ovejas, leo mi Biblia no hay caso de dormir, los nervios alterados me traicionan, al cerrar los ojos veo arañas negras que suben y bajan por las paredes blancas de la habitación, estoy en la casa de la señora Manuela en la calle Baquedano, insoportable situación de ver tantas arañas, abro los ojos y desaparecen.

Hoy julio del año 2018, agradezco al dr. Álvaro Soto, quien me ayudó con medicamentos y seguramente con las autoridades militares.

Jamás volví a ver al oscuro militar, doy gracias a Dios, mis días de tortura psicológica y demás terminaron, pero me quedó una secuela, no soporto ver los uniformes militares, me pena el mayor Urquiza, la angustia vuelve, el dolor arrecia como el viento de la Patagonia, se me hiela la sangre, ella transita por mis venas en calidad de nieve.

Finalmente me tranquilizo, estamos en Paz, leo los salmos del Rey David, cambio mis lecturas por los cuentos de Magal.

Empieza la noche, mi alma ya no pesa toneladas. No resucito cenizas dolorosas del pasado, al escribir mis vivencias con llantos, me libero y se trasmutan, vuelven en PAZ y PERDÓN.







# Carta para mi abuelita Enriqueta

**Autora:**

Eliana Contreras Monje (73)  
Coyhaique

Hoy que peino canas, como lo hizo usted abuelita, me atrevo a escribirle esta carta, misiva que no recibirá en forma personal, porque usted se fue en vida hacia las estrellas, en el año 1966. Y en ese minuto final, no estuve a su lado para decirle cuánto la amaba y admiraba por su gran bondad.

Abuelita Enriqueta, jamás pensé en mi juventud que yo sería anciana, ni soñé con ser en mi adultez una líder que trabajaría en lo social, ahora lo hago todos los días para los adultos mayores de la Región de Aysén. Soy feliz al poder hacerlo, de tener salud para salir a trabajar y poder lograr cambios en el trato al anciano, junto a funcionarios de Gobierno.

En este nuevo siglo se creó un Servicio para los adultos mayores, somos muchos, nuestra patria está envejeciendo, los gobiernos nos permiten organizarnos y es allí donde está nuestro poder. Hoy los ancianos nos atrevemos a levantar nuestra voz y exigir un nuevo trato, nos estamos capacitando, hemos descubierto que somos capaces de ser líderes, como dirigentes. Los clubes, descubrimos que podemos pintar óleos, que la computación no es difícil y nos estamos educando en muchas disciplinas.

Le contaré abuelita que este mundo está muy cambiado, que la vida nos está dando nuevas posibilidades de progresar. Le cuento que tiene nietos y bisnietos, profesionales que estudiaron en la universidad o en centros de educación superior. Fue un sueño por lo que usted luchó en los años 1920, para educar a mi padre, en el Colegio Alemán de Puerto Varas. Un hijo suyo alcanzó educación superior, de los ocho que trajo a este mundo.

Ahora tiene usted nietos, contadores, técnicos, enfermeros, profesores. Y los hijos de ellos, sus bisnietos, son: chef, fonoaudiólogas, asistentes sociales, profesor licenciado en arte, profesor de Estado, veterinaria, profesora de matemáticas, ingeniero civil hidráulico, ingeniero civil electrónico, constructor civil, educadora diferencial, turismo, asistente judicial, electromecánico, mecánico y un tataranieto chef residiendo en Hong Kong y ya nacieron dos chosno-nietos, que son la sexta generación.

La familia que usted formó con mi abuelo Pedro, hoy, es un familión en donde los componentes de ella, somos más de 300 que residimos en Chile, Argentina, Brasil, Estados Unidos y Australia.

Abuelita Enriqueta, la vida de las personas mayores pobres, hoy día tiene un nuevo trato, mensualmente reciben una pensión. Con los gobiernos democráticos se ha logrado sensibilizar a las autoridades y cada vez tenemos más derechos. Cómo me hubiera gustado que usted estuviera viviendo estos cambios, y poder gozar de una pensión, también se entrega un Bono Bodas de Oro a los matrimonios con 50 años de vida marital. Esto se ha hecho para incentivar a los jóvenes a casarse, dando importancia a la familia, pilar fundamental de la sociedad.

Las mujeres tienen como máximos tres niños. Ahora las jovencitas son madres solteras, a los quince años a usted la hicieron casarse con un hombre de 30 años, su padre eligió el marido. Así se estilaba a principios del año 1900. La vida de las mujeres cambió, ahora podemos elegir nuestros maridos, trabajar y estudiar, nos respetan los hombres, ellos ayudan en el hogar. Cada vez menos mujeres son tratadas como esclavas o reciben golpes e insultos. Hay leyes que nos protegen, existe un servicio de la mujer que apoya cuando nuestros derechos son vulnerados. Tenemos jardines infantiles, que se preocupan de los niños, mientras trabajamos en las oficinas e industrias, a la par con los hombres. En todos los ámbitos las mujeres trabajan, ya no hay distingos de género.

Los ancianos de hoy somos protegidos con Ley de Maltrato, cuando no somos respetados y nuestros familiares abandonan a su suerte a sus ancianos padres, se apropian de forma fraudulenta de los bienes, somos insultados o se mofan por nuestras enfermedades, no se preocupan de llevarnos al médico y darnos las medicinas.

Hoy tenemos al alcance de nuestras manos, un montón de herramientas tecnológicas, teléfonos, computadores en la mayoría de los hogares, que nos ayudan a escribir y guardar información, que nos mantienen conectados a través de las nuevas tecnologías.

El vestuario y el calzado es fácil adquirirlos en las grandes tiendas, los alimentos se adquieren en megamercados. Los gobiernos nos ayudan en cumplir con el sueño de la casa propia, ya no es un privilegio tener una casita y tener un vehículo para la familia. En cada hogar chileno hay agua potable, electricidad, todas las casas tienen baño en su interior con agua caliente. Usted alcanzó a conocer la radio solamente, ahora tenemos televisión, que es como el cine, en la propia casa. Gracias a los medios de comunicación nada es secreto en el mundo, noticias al minuto se saben. El transporte es moderno, podemos viajar por tierra, mar y aire, a través de Chile y el mundo.

Lo único malo abuelita, cada vez están más débiles y enfermos nuestros cuerpos, a causa de la mala alimentación, al tener que cumplir horarios de trabajo y vivir una vida alocada, luchando con el tiempo, muchas veces comemos al paso, sin mirar la higiene.

La tierra, abuelita Enriqueta, también está enferma, por la contaminación del aire, suelo y agua. El clima es agresivo, a veces nos afecta una gran sequía o grandes lluvias, grandes terremotos y tsunamis. La tierra tiembla más, los volcanes erupcionan en todo el planeta. Todos los habitantes de la tierra somos culpables, no hemos cuidado el medio ambiente, lloraremos cuando estemos viviendo en un planeta muerto, como Marte.

Abuelita querida, soy feliz, agradecida de Dios por los momentos hermosos que he vivido, por las dificultades que me han hecho crecer, por ser madre de tres hijos, por ser dirigente al servicio de los ancianos, me siento plena. La vida la voy a disfrutar hasta el final, soy agradecida de vivir en esta Tierra Patagónica, con gente simple y amable, por haber encontrado a mi esposo José, que ha sido mi apoyo, mi gran amor.

Abuelita Enriqueta, espero que me perdones por ser tan loca y atrevida, nada me queda grande, con una gran personalidad, audaz, muy capaz de enfrentar todos los desafíos que se me pongan por delante, de caer y volver a levantarme, una y otra vez.

Te amo abuelita, espero encontrarme contigo y poder acariciar tu rostro y charlar de las cosas de su vida, que jamás conversamos y que hoy ignoro. Gracias por darme una madre, como su hija Teresa, una abnegada madre, que sin ser mi madre carnal, me hizo una mujer formal, sensible y agradecida de la vida y de Dios.







# Nostalgias Fluviales

**Autor**

Carlos Zúñiga Ojeda (76)  
Valdivia

Voy a estrujar mis recuerdos  
antes que todo naufrague  
cuando anduve por los mares  
disfrutando los momentos  
como el héroe de un cuento  
soñador como el quijote  
en medio de los islotes  
que flotaban a lo lejos  
brillando como un espejo  
al fondo del horizonte.

Nací en el sur lluvioso del sur del mundo  
junto a un río caudaloso que iba a morir en el mar  
en una bahía tranquila del Pacífico austral.  
En ese río aprendí a nadar, a navegar, a remar,  
andar en bicicleta sobre la superficie lisa de sus aguas.  
Ese sendero líquido fue parte de mi niñez, de mi juventud, de mis nostalgias  
de mis amores y desamores, en fin, de mi vida entera.

Este río torrencioso nacía en la cordillera argentina de un lago vecino alimentado por los deshielos y las lluvias cruzaba la frontera galopando furioso cuesta abajo hasta que otro lago detenía su carrera por un rato para reiniciarla con más fuerza todavía. Así, formando otros lagos y nuevos ríos llegaba por fin a la meta para terminar ahogado en el mar rodeado de peces, algas y otros seres marinos.

Junto a la costanera, antes de su desembocadura, se veían viejos muelles de madera, botes y lanchones, vapores, faluchos, veleros y antiguas fábricas de todo tipo: barracas, curtiembres, cervecerías, bodegas, otros artefactos flotantes y mucha gente trabajando en estas industrias ribereñas. Los convoyes de lanchones y faluchos surcaban sus aguas remolcadas por vapores rumbo al puerto de Corral. Allí vaciaban su carga sureña en los barcos mercantes de distintas nacionalidades, de regreso traían maquinarias, abonos importados, productos extraños de otros lugares del mundo.

El río era una carretera líquida y transparente que nos invitaba a soñar. Durante mi vida fluvial ocurrieron muchas desgracias, algunas naturales, otras provocadas por el hombre, supe de terremotos, maremotos, desbordes de ríos y lagos, dictaduras, golpes de estado, masacres obreras, inundaciones, incendios, descarrilamiento de trenes, crímenes pasionales.

De todas estas tragedias, la más dolorosa fue tu ausencia cuando más seguro me sentía de tu cariño.

Después del terremoto muchos debimos partir unos al norte, otros al sur, algunos porfiados se quedaron junto al río reconstruyendo sus casas y su futuro. La ciudad se quedó sin niños, sin mujeres sin sueños, sin esperanzas.

Pero el tiempo hizo su tarea silenciosa,  
aparecieron nuevas casas y edificios,  
nuevas fábricas y nuevos inquilinos.  
Aparecieron de nuevo los niños, las mujeres y mascotas,  
todo se fue normalizando lentamente bajo la lluvia y el viento del olvido.

A los veinte y tantos, dejé la ciudad junto al río,  
me embarqué en un ruidoso tren nocturno rumbo al norte  
que me depositó en la estación central de la capital como un náufrago a la deriva.

Allí trabajé en cosas diversas,  
viví distintas experiencias,  
tuve aventuras de todo tipo,  
conocí amigos nuevos, y poco a poco  
me fui olvidando del sur, de los amigos, de la familia,  
pero nunca pude olvidarme de ti.

Al poco tiempo me aburrió la capital,  
echaba de menos el río, el mar, las embarcaciones, los muelles,  
extrañaba el ruido de las fábricas ribereñas, la sirena de los vapores , el sonido  
de la lluvia.

Y partí hacia la costa central, subiendo cuestas, cerros y montañas  
hasta llegar de nuevo frente al horizonte del puerto principal.  
En el puerto mayor me introduje en sus calles y callejones,  
subí hacia los cerros en ascensor, bajé por las escaleras,  
me emborraché en los bares y cantinas,  
tuve encuentros amorosos ocasionales  
y nuevamente trabajé en distintos oficios  
relacionados con las actividades portuarias y marineras.

Quise embarcarme pero no se pudo  
y tuve que emigrar nuevamente, más al norte, detrás de mi destino.  
Dejé atrás el puerto mayor,  
arribé al norte grande, con escalas en distintos pueblos del desierto  
hasta llegar de nuevo al mar siempre atractivo y peligroso  
en busca de nuevas oportunidades y aventuras marineras.

Me embarqué en una goleta de madera,  
pesqué anchovetas y sardinas,  
compartí con pelícanos y lobos marinos,  
con bandadas de gaviotas, cormoranes y otros pájaros acuáticos.  
Me convertí en un depredador irresponsable,  
me emborraché, viví historias clandestinas, tuve amigos nuevos, nuevas  
aventuras...

Y así fue pasando mi vida, de puerto en puerto,  
de caleta en caleta, de playa en playa bajo distintos cielos,  
diferentes paisajes, diversas embarcaciones, diferentes cantinas y bares,  
nuevas aventuras amorosas y el tiempo seguía haciendo su trabajo silencioso.  
De pronto el sur me llamó de nuevo y le hice caso,  
volví a la lluvia y al frío,  
los bosques nativos ya no estaban,  
sólo había pinos y eucaliptos.  
El viejo río estaba cansado y turbio,  
las fábricas ribereñas también habían desaparecido,  
como los cisnes, las taguas y los coipos.

Y así seguí arrancando de mí mismo,  
cada vez más cerca del abandono,  
más lejos de mi casa,  
más al sur,  
hasta el borde del abismo.

Hoy, después de este largo viaje  
estoy frente al mismo mar y al mismo río,  
o quizás no, frente a otro mar y otra ribera,  
otros hombres, otros paisajes,  
otros sueños y quimeras,  
con ganas de zarpar otra vez  
hasta que la amnesia nos separe.

Se me olvidaba un pequeño detalle,  
durante esta larga travesía  
fueron apareciendo personajes importantes en mi vida,  
mujeres generosas, hijos, nietos, camaradas inolvidables.

Después de todo, creo que valió la pena esta aventura.  
Por ahora me despido,  
pronto me embarcaré en un viaje eterno y definitivo.

Ya con esta me retiro  
a mis cuarteles de invierno  
estoy un poquito enfermo  
tengo entumido los sesos  
no me responden los huesos  
el tiempo se me hace eterno.





**Primer Lugar**  
Región de Arica-Parinacota



# Odiseas en un Terremoto

## Autor

Luis Alberto Toro Ossandón (64)  
Arica

Aún se sentía aturdido por el sonido y los movimientos telúricos producidos por la tierra. Caminaba cauteloso, la avenida y las calles adyacentes estaban desiertas. Parecía una ciudad fantasma.

Todo comenzó aquel martes primero de abril. En la tarde nos reunimos como siempre, junto a los miembros de la agrupación literaria de Rapsoda Fundacionales. Tratamos distintos temas relacionados con las actividades a desarrollar durante la semana del día del libro. Antes de iniciar el taller junto a nuestro amigo Carlos Morales dimos algunas pequeñas instrucciones, que muchos tomaron como un simple comentario, referente a que: **En caso de algún sismo, se levantasen con cuidado, y sin apuro para ubicarse en un pequeño patio, que es el lugar más seguro del edificio donde sesionamos.**

Algunos miembros como Rodrigo y Osvaldo sonrieron con sarcasmo, les aclaramos que posiblemente no pasaría nada. "Pero podría pasar, ¡en una de esas...! es mucho mejor estar preparados, y no actuar a ciegas en alguna emergencia".

El taller se desarrolló muy bien, y con la camaradería de siempre. Opiniones y sugerencias no faltaban referentes al tema. "Soledad" propuesto por el escritor Osvaldo Figueroa. Después de un tiempo, miré el reloj del celular, y me dispuse a comunicar que faltaban cerca de trece minutos para terminar la reunión, por lo que Boris nuestro tesorero inició la información de cuentas a lo que agregó:

Bueno a mí me eligieron para cobrar las cuotas y tendré mano dura para hacerlo, aunque algunos no les guste. Al tiempo que dejaba caer por inercia el

puño de su mano sobre la mesa frente a la que se encontraba sentado. Entonces se sintió un pequeño movimiento de piso, al que siguió un sonido constante.

Todos se pararon tal como prevenimos minutos antes. El movimiento sísmico parecía aumentar en cada segundo, con un fuerte ruido que aturdió los sentidos. Los escritores tanto varones y mujeres trataban de salir en forma ordenada, pero los movimientos bruscos de la tierra los zarandeaban de un lugar a otro. De pronto se apagó la luz de los focos, dejándonos en una penumbra desesperante para la ocasión, dando la sensación de caer en un espacio negro y sin final. Se escuchó un grito ¡oh! casi en coro, demostrando sorpresa. Fue cuando recordé que tenía una pequeña linterna en mi bolso, la busqué con dificultad, tratando de acortar el tiempo y la encendí alumbrando a mis amigos, que por una fracción de segundos se detuvieron, tratando de orientarse, para luego salir a descubierto.

Junto a uno de los pilares, dentro del edificio vi a Vanessa, a punto de desfallecer, pero uno de los nuevos integrantes la abrazaba, sosteniéndola y tratando de consolar y darle ánimo. Por instantes la columna central del local parecía moverse de un lugar a otro, en casi veinte centímetros, sorprendido miré su base que permanecía pegada al resto de la estructura.

Con la vista recorrí los lugares de las sillas y pude ver que ya estaban vacías. No encontraba a la señora Elena apoyándose en su acostumbrado bastón, me sorprendió no verla, tambaleante me acerqué pensando que se había caído, pero afortunadamente no fue así. Con el nerviosismo no me di cuenta que Anita Labbé se encontraba protegida bajo una mesa, quizás recordando las operaciones Deyse, en sus tiempos de maestra en los colegios. Don José Morales pasó por mi lado, detrás de Boris, como alma que lleva el diablo, después se acercó Vanessa y se detuvieron junto a don Luis Araya en el umbral de la puerta que dirigía al patio de seguridad.

Sus rostros se veían sorprendidos. Más afuera se encontraban Rosita Flores, Silvia Córdova, David Saavedra, junto a otros escritores. Fue segundos antes de llegar a su culminación el movimiento sísmico. Cuando sentí que mi columna vertebral parecía partirse y un fuerte dolor me tomó la espalda y las piernas, lo que me hizo recordar brevemente un accidente que tuve algunos meses antes, donde me golpeé el nervio ciático, estando varias semanas con movimientos lentos a causa del dolor del cual afortunadamente me repuse. Miré hacia adentro de la sala y vi el mueble donde se guardan los útiles del grupo con sus puertas abiertas.

Por inercia regresé a él, para cerrarlo, ya que guardaba nuestras preciadas pertenencias, "Los libros" y fotocopidora. Mientras todos corrían hacia afuera yo entraba, pensando para mis adentros "**creo que estoy loco por hacer esto**"... pero me sentía responsable.

Con dificultad introduje la llave en el cerrojo y cerré las puertas del mueble, mientras éste y yo nos movíamos junto al edificio. Tomé un celular que se encontraba sobre las mesas y lo guardé en mi bolso. Mientras observaba que todos se encontraban bien, recordé mi sombrero, pero don José acababa de cerrar la puerta del salón, le dije que no se preocupara lo recogería después. En unos cuantos segundos que parecían eternos, terminó el movimiento telúrico. Al salir pude ver a la señora Anita acompañada de su esposo. Eso me dejó más tranquilo. Por la calle pasaba un verdadero mar de gente, parecían un enjambre de hormiguitas dirigidas a lo alto del Cerro la Cruz, que está a un costado del morro de Arica, el cual otra vez había sido herido por el tiempo y un nuevo terremoto.

Observé a mis amigos que se encontraban bien y me dejé llevar por la corriente dirigida por el gentío que pasaba por la Avenida 18 de Septiembre. Al llegar a la calle General Lagos me desvíe hacia la Avenida 21 de mayo, allí encontré otra columna de gente que me llevó en su corriente. De pronto, desde algún lugar salió un auto blanco dirigido contra el tránsito. La multitud se enardeció, obligando al conductor a detenerse ya que estaba el peligro de atropellar a alguien. El hombre ante la presión solo tuvo que obedecer y detener el vehículo.

Después tomé rumbo por Manuel Blanco Encalada llegando, hasta la calle Sotomayor, cruzando por calle Gallo y continuando nuevamente por Sotomayor donde seguí mi camino a casa. En aquellos instantes David acompañaba a Silvia Córdova y la señora Elena, junto a otros escritores. Fue en ese instante que una joven que estaba en su auto, se ofreció en llevar a doña Elena Márquez hasta el Cerro la Cruz, puesto que ella también se dirigía al mismo lugar...

Mientras don José Morales después de un complicado trayecto, llegaba sano y salvo a su casa, en la cual le recibieron con gran algarabía, como si fuese un héroe de guerra.

Vanessa Martínez, corría casi enajenada, por las oscurecidas calles de la ciudad, que estaban sin luz eléctrica a causa de algunos cables cortados por el fuerte sismo. La adrenalina le permitía ser tan rápida y ágil cual una gacela, su

mayor preocupación era llegar a casa donde se encontraba su madre enferma, unida a sus hijos, quienes al verla llegar se llenaron de alegría y tranquilidad. Por otra parte Boris, sin proponérselo intentó hacer la misma hazaña, pero sin los mismos resultados, ya que solo logró correr algunas cuadras y su cuerpo empezó a pasarle la cuenta.

Recapacitó y considerando que el trayecto hasta su casa, sería por lo menos de casi dos horas. Decidió devolverse, a buscar su auto que estaba estacionado a la salida del local de reunión. Mientras en su interior pensaba, **“chuta parece que tengo que mirar el carnet”**.

También en aquellos momentos Rodrigo Rojas caminaba por la avenida Santa María, aún se sentía aturdido por el sonido y los movimientos telúricos producidos por la tierra, caminaba cauteloso, la avenida y las calles adyacentes estaban desiertas, parecía una ciudad fantasma, no se dio cuenta cuanto tiempo demoró en llegar a la población Cardenal Silva Enríquez, conocida aún por algunas personas como la antigua población Once de Septiembre. Lugar donde está ubicada su casa, donde al llegar su familia demostró una gran alegría.

Don Luis Araya emprendió una dura y pesada caminata subiendo el Cerro la Cruz, con intención de llegar hasta su hogar en la población Guañacagua. Sacando fuerzas y valor desde su interior, posiblemente recordando tiempos aún más difíciles en su vida, continuó la agotadora marcha hasta su hogar, entró cansado y empapado de sudor. Pero feliz de estar en ella sano y salvo...

Aún me dolían las piernas y la espalda pero deseaba llegar a mi casa. ¡Nunca había visto subir a tanta gente junta, al Cerro la Cruz! Parecía un río humano que corría cuesta arriba. Caminé sin parar, mientras sentía gritos y llantos. Al pasar por la esquina del pasaje Maitencillo vi un grupo de mujeres lanzando oraciones al cielo, mientras más arriba de la calle, otro grupo decía sus rezos casi en secreto. Otros sonreían nerviosamente y muchos de los que subían llevaban a sus espaldas una mochila, cargaban, frazadas, bolsas con agua, o algunos víveres. Después de una larga caminata llegué a mi querido hogar, donde fui recibido con un gran abrazo de mi familia y me pusieron al tanto de lo sucedido...Mientras recordaba que este era el quinto terremoto por el que yo pasaba... Siendo la primera vez que un tesorero mano dura, al golpear la mesa moviera tanto la tierra, para cobrar las cuotas sociales.







**Primer Lugar**  
Región Metropolitana

# Décimas para mi vieja casa

**Autor**

Jorge Castillo Piozza (72)  
Providencia, Santiago.

*Hay cosas que recordamos  
que marcaron nuestras vidas,  
son las cosas más queridas  
que nosotros disfrutamos,  
y que luego las dejamos  
para seguir avanzando,  
hoy te estoy recordando  
con tus hermosos parrones,  
y tus cuatro habitaciones,  
hoy te estoy añorando.*

*Llenos de mucha ilusión,  
con la fuerza de mi madre,  
y el amor de mi padre  
tomamos de ti posesión,  
con auténtica emoción,  
por tan preciado tesoro,  
pa una vida con decoro,  
una casa pa nosotros,*

*sin compartirla con otros.  
¡Un verdadero tesoro!  
Atrás había quedado  
nuestro cuarto querido,  
en que el tiempo vivido  
había sido fregado,  
conviviendo hacinados,  
allí mamá cocinaba,  
costureaba y planchaba,  
yo las tareas hacía,  
se comía, se dormía,  
pero también se soñaba.*

*Y ese día al llegar  
te miré con alegría,  
no sólo pieza tenía,  
tenía donde jugar,  
teníamos donde estar,  
bajo tus bellos parrones,  
¡Qué momento de emociones!  
(De seguro que mi madre,  
al igual que mi padre,  
echaron sus lagrimones.)*

*Mi hermana muy traviesa  
este cambio no entendía,  
ella tan sólo quería  
volver a la vieja pieza,  
Por Dios la cabra pa lesa.  
pensaba yo calladito,  
esto es tan re bonito,  
yo no me lo quiero perder,  
y yo no me quiero volver  
aunque me quede solito.*

*Eso sí que fue un gran hito,  
sin dudas fue un gran año,*

*¡si tuvimos hasta baño  
para nosotros solitos!  
Tú mirabas calladito  
a mi madre, la princesa,  
lavando en su artesa  
al muro bien pegadita,  
trabajando, agachadita.  
y pañuelo en su cabeza.*

*El aseo convenido,  
la virutilla pasando,  
para seguir encerando,  
y todo bien sacudido,  
el patio muy bien barrido,  
los vidrios resplandecientes,  
la mampara reluciente,  
mi padre y mi hermano,  
y yo metiéndole mano,  
para vivir gratamente.*

*Maceteros de colores,  
también sillas de reposo,  
un descanso fabuloso  
para los padres mejores,  
y en sus alrededores  
nosotros revoloteando,  
tres inquietos pajaritos,  
con la Marcela y el Tito,  
y también las codornices.  
¡Eran tiempos muy felices!*

*Una mesa pa convivir  
a la sombra de las parras,  
allí no habían amarras  
para comer y compartir,  
y en silencio bendecir  
esa vida tan sencilla,*

*compartiendo una tortilla,  
y en la tarde nunca falta  
mantequilla, o bien palta,  
o algo de Loncomilla.*

*El domingo especial,  
siempre con carne mechada,  
hecha por manos de hada,  
era almuerzo inmortal,  
digno del Escorial,  
y en otra fuente gigante,  
en el espacio restante,  
y con presencia galana,  
tallarines a la italiana  
y una Coca refrescante.*

*Fuiste cómplice callado  
de aquel, mi primer amor,  
por aquella niña mayor  
que vivía a nuestro lado.  
En el patio instalado,  
yo sus palabras oyendo,  
y mi corazón sintiendo  
como yo enloquecía,  
como el libro que leía,  
¡También un dolor tremendo!*

*Y la uva prometida  
en invierno y primavera,  
dejaba de ser quimera  
y la oferta era cumplida,  
y mi fruta preferida  
con mi mano la tomaba,  
y mi dicha rebosaba  
por tener tan gran botín,  
por esa dicha sin fin,  
a mis padres alababa.*

*Dieciséis años enteros  
compartiendo, conviviendo,  
hasta que un día lloviendo  
me vestí de caballero,  
con mi traje dominguero  
y muy lleno de ilusión,  
y por mi propia decisión  
ese sábado yo partí,  
me fui alejando de ti,  
con pena en el corazón.*

*¿Cómo no voy a quererte  
por lo compartido contigo?  
tú fuiste mudo testigo,  
y yo quiero agradecerte,  
por esa inmensa suerte  
de con mi familia vivir,  
y con amigos departir,  
bajo tu techo seguro,  
querida casa te juro,  
siempre te voy a bendecir.*

*Empieza la despedida  
de quien tanto te ama,  
y en la calle Atacama  
tuvo la vida prometida,  
una vida protegida  
por ese nido que añoro,  
esa vida que adoro  
con la Loly y Castillito,  
con la Marcela y el Tito,  
vieja casa, ...mi tesoro...*



**Ganador Internacional**

# **Laura, mi muñeca**

**Autora**

Edelmira Blanco Mujica (72)  
Venezuela (reside actualmente en España)

En diciembre, como todos los años, llegaron los carritos y las fiestas patronales empezaron, pero también llegó algo muy especial que no había venido antes, una hermosa muñeca de trapo, vestida con la más variada gama de rojos y unas grandes trenzas amarillas. Llegó con los del bazar, que también ofrecían tazas, platos, juegos de cubiertos, soperas de peltre, que era el material más común usado para esos objetos, y vasos con flores de colores que eran muy populares. También había juguetes para los varones y algún juego de ollitas o de tazas para las niñas. Toda una gama de objetos, tan dispares como atractivos, que eran rifados, todos los días.

Los bazares eran casi siempre atendidos por árabes o libaneses y los carritos por colombianos, pero para nosotros eran iguales y no había diferencia alguna entre una nacionalidad u otra, los llamábamos “musíús” y ahí los encerrábamos a todos. Los bazares se instalaban en un terreno detrás de la plaza y algunas veces alrededor, en donde todos los objetos iban alineados en unas estanterías rústicas que improvisaban para esos días. El encargado usaba un megáfono con el que anunciaba los números ganadores de las rifas y con ese mismo método invitaba a los que pasaban por el frente a que compraran su número al compás, de alguna ranchera mexicana o un pasillo ecuatoriano o colombiano que estuviera de moda. Así continuaba la música y el “musíú” su invitación con el estribillo de “compre su número, que la rifa ya se va”. Era muy emocionante ganarse uno de esos premios pues eran piezas únicas y muy codiciadas ya que más nadie las tenía en el pueblo, sólo los afortunados que se las habían ganado en la rifa.

Ese año, yo iba todos los días con la ilusión de ganarme la muñeca, a la que veía y veía con ganas de hipnotizarla y traerla hasta mis brazos. Yo acompañaba a los que iban a la plaza, a mi papá, mi mamá, mis tías y con más frecuencia a Juana, una prima de mi mamá que vivía con nosotros y tenía un novio colombiano que había venido con el carrusel del parque de diversiones. Él fue el que lo instaló y era el que lo revisaba, por lo que para nosotros era un señor de gran importancia y conocimiento. Mi prima, por supuesto, tenía entrada gratis en el carrusel, pero ese era el lugar que a mi menos me gustaba porque me daba mareo. Yo sólo iba a ver a la muñeca y, con el corazón encogido, veía como una y otra vez la rifaban y nadie se la ganaba. Pasaban los días y mi muñeca seguía allí. La familiaridad entre la muñeca y yo había aumentado tanto que la muñeca ya tenía nombre, se llamaba Laura. Un nombre que, por alguna extraña razón, me sonaba a países lejanos. No es que hubiera leído nada sobre eso, pues apenas estaba empezando a leer y mis incursiones literarias eran muy sencillas, apenas uno que otro libro de cuentos.

Pasaron las Fiestas Patronales y pasaron las navidades y ya estaba llegando el Día de Reyes: yo seguía visitando la plaza, mi prima seguía con su novio. Ya casi terminaba el mes de diciembre y "los carritos" tenían muchos días en la plaza. Mi angustia crecía pues temía que Laura, que estaba cada vez más linda y rubia, se fuera con sus dueños o se la ganara alguien y ahí sí que la perdería para siempre. Así llegó el 6 de enero, Día de Reyes cuando, como siempre, hicimos el paseo habitual a la plaza y, por supuesto, a los carritos, pues para mí no había paseo que no incluyera la visita al bazar donde estaba Laura. Ese día fui con mi papá a la plaza y nos detuvimos frente al bazar: yo admirando y mostrándole la muñeca, mientras mi papá conversaba con el encargado del bazar. Luego, el "musiú" me mostró un pequeño cartoncito con un número garabateado, mi boleto para la rifa de la muñeca, el cual guardó mi papá. Los ojos se me anegaron de lágrimas y el corazón se me encogió pensando en ¿qué pasaría si otro se la llevaba? Primero rifaron un juego de vasos coloreados, luego unas ollas de peltre, pero yo sólo tenía ojos para mi amada muñeca, pensaba que se iría y nunca más la vería. Luego de varias rifas le llegó su turno. La tómbola giraba y giraba y con ella giraban mis pensamientos alrededor de mi muñeca.

Luego, cantaron un número y mi papá gritó: "yo lo tengo". Yo no entendía bien qué había ocurrido, hasta que el "musiú" tomó la muñeca y la puso en mis manos. No lo podía creer: Laura, mi muñeca adorada, era mía para siempre. Ese fue mi mejor regalo de Día de Reyes.

Han pasado muchos años y todavía recuerdo ese momento: no cabía de la emoción. Cuando llegué a mi casa corrí de un lado a otro, mostrándola, era mi gran trofeo. No salía de mi asombro, la muñeca era mía, Laura la rubia, la de las trenzas, la del vestido de flores rojas y amarillas, con la cara redonda y dos chapas de colorete en sus cachetes. Esa cara redonda pasó a ocupar un lugar muy importante dentro de mi colección de muñecas y me acompañó por muchos años. Desde ese momento comencé a creer en mi buena suerte para las rifas, aunque la verdad era que mi papá había comprado todos los números para el sorteo de la muñeca, pero eso lo supe mucho tiempo después, él nunca me lo confesó, lo supe por mi mamá. Nunca pude agradecersele pues cuando me enteré ya mi papá había muerto, pero siempre guardo un lugar muy especial para ese hermoso recuerdo.



**CHILE LO  
HACEMOS  
TODOS**

Este libro se terminó de imprimir en Imprenta Feyser,  
Santiago de Chile, en octubre 2018

# MENCIONES HONROSAS

## Región de Arica y Parinacota

Blanca Savé Morales (72)  
GÉNESIS

Luis Alberto Mendoza Cordero (61)  
¡Papá a los 60 años!

## Región de Coquimbo

Doris Nieto Lopez (82)  
El olor de nosotros.. Los viejos

Silvana Guerrero Dictter (71)  
Nueve rosas para mi jardín

Horst Bussenius Cortada (64)  
Renacido

## Región del Maule

Pascual Ruperto Yevilao Beltrán (81)  
Yo soy Pascual

Irma Rosa Muñoz Maureira (93)  
El número de mis hijos

## Región de Los Lagos

Alicia Catrilef Mendez (68)  
Mi paso en el tiempo

Gladys Pereira Huenchullanca (64)  
La mitad de mi vida

## Región de Antofagasta

Jaime Arévalo Rodríguez (68)  
El Runner del Tiempo

Juan Saavedra Rojas (67)  
El teléfono que se convirtió  
en zanco

## Región de O'Higgins

Rina Saldias Armijo (73)  
Los Menecmos

Natacha Poblete Araneda (72)  
Adobes, corredores y  
recuerdos

## Región de La Araucanía

Arturo Bórquez M (67)  
Mi once

Patricia Araya (63)  
Cuentera y teatrera

Antonio Sandoval (70)  
Recuerdo del Maremoto del 60

## Región de Magallanes

Susana Suarez Garcia (93)  
Al sur del sur

Francisco León Ponce (72)  
Su hija no era puta



Internacional: E.E.U.U.

Domingo Hernández Varona (65)

El hecho que seccionó en dos partes mi vida

# MENCIONES HONROSAS

## Región de Atacama

Rodolfo Irland Cortés (72)

Los Inmigrantes

Alby Fuentealba Benabides (62)

Aquel Domingo

## Región Metropolitana

Ricardo Altamirano (75)

Cuento y canto

María Elsa Soto Pérez (89)

Confieso que he vivido

Tulio Ríos Castro (72)

Bototos escolares

## Región de Los Ríos

Iván Espinoza Riesco (62)

El gran viaje

Reinaldo Badilla Barrientos (81)

Una búsqueda desesperada

## Región de Tarapacá

Linda Sandra Ugolini González (71)

Recuerdos de Infancia

Jorge Aliro Astudillo Gómez (74)

El Sureño y la Pampina

## Región de Valparaíso

Hugo Juan Forno Bo (75)

In memoriam

Juan Ramón Sagredo

Sanhueza (68)

Noche en Limache

## Región del Biobío

Sergio Melgarejo Fuentealba (74)

El ángel de las monedas

Manuel Sazo Reyes (73)

Con burro estoy seguro en mi vejez

## Región de Aysén

Arturo Rivera Altamirano (73)

Mi destinación

Leda Andrade (69)

La invitación de mi vida



Internacional: E.E.U.U.

César Carrasco (63)

La primera noche en el The Saint

# Concurso Literario Autobiográfico Confieso que he vivido

Cuarta Edición



[www.senama.cl](http://www.senama.cl)



Senama Gobierno de Chile



Senamagob



Servicio  
Nacional del  
Adulto Mayor  
Ministerio de  
Desarrollo Social

Gobierno de Chile

CHILE LO  
HACEMOS  
TODOS